

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

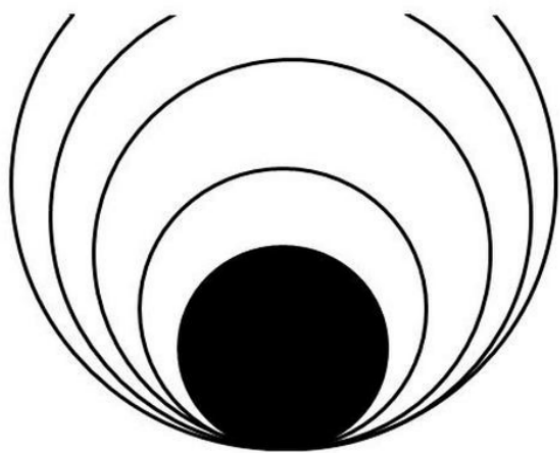
BOLSILIBROS

7 POLICIACO

**¡MUERE PRONTO,
MUÑECA!**

Curtis Garland





PUNTO ROJO



ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:

Servicio Secreto

Punto Rojo

Selección Terror

La Conquista del Espacio

CURTIS GARLAND

**¡MUERE PRONTO,
MUÑECA!**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1168
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 35.743 1984

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1984

1ª edición en América: junio, 1985

© Curtis Garland - 1984

texto

© Archivo Bruguera - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Era un tipo duro, de eso no había duda.

Casi me había volado la cabeza cuando entré. Ahora, pese a que le había roto la mandíbula a juzgar por el crujido de sus huesos al lograr conectarle un derechazo brutal en el mentón apenas sentí el roce candente de la bala en mis cabellos, volví a la carga sin muchas contemplaciones.

Creo que lo que me salvó de recibir el proyectil en plena cara, fue aquella carta del suelo, arrojada sin duda por la rendija inferior de la puerta, como tantas veces ocurría en la oficina. Yo, instintivamente, me había agachado, aún con la llave en la cerradura, para recoger el alargado sobre. Y entonces llameó ante mí un arma provista de silenciador, alumbrando la oscuridad con esa rara tonalidad naranja que tienen los disparos de pistola. Y la pieza de metal me chamuscó el cabello, sin alcanzar de lleno su objetivo.

De inmediato disparé mi brazo derecho contra aquel tipo, porque era lo único que podía hacer, dada la situación.

Yo no llevaba arma alguna encima, no era mi costumbre, aunque tuviera licencia para ello. Y ahora estaba pagándolo caro.

Mi directo hizo chascar su mandíbula como si fuera de vidrio, pero no lo era. Sentí un terrible dolor en los nudillos, aunque no debía ser nada comparado con el que él sintió al romperse su mentón. Exhaló un berrido digno de un cerdo.

Pero era un tipo duro, ya lo dije. Muy duro. Trastabilló, se fue hacia atrás, pegándose en la mesa vieja que sostenía una máquina de escribir más vieja todavía, vi la mancha clara de su traje *beige*, grande y arrugado, y temí que disparase de nuevo. Por eso me aparté con rapidez, buscando la protección de un archivador metálico.

Fue una idea oportuna. El tipo disparó por segunda vez, como

yo había esperado. El estampido se quedó ahogado, apenas en un leve «ploc» que no hubieran oído ni los vecinos de oficina, si es que hubiera habido vecinos, cosa que no ocurría desde hacía tiempo. A los últimos los habían desahuciado por montar allí un negocio de venta y alquiler de películas pornográficas. Y de eso hacía ya siete u ocho meses.

Esta vez la bala hizo añicos el vidrio esmerilado de la puerta de acceso a la oficina, saltando por los aires las doradas letras de Talbot & Malone

que figuraban allí pintadas, entre fragmentos astillados de vidrio. Yo volví a la carga, arrojándole al individuo la máquina de escribir.

Era una pesada pieza con bastantes libras de peso. Le dio de lleno en la cabeza, y el fulano lanzó un grito ronco de rabia. Oí caer algo de sus manos y golpear sordamente el suelo de la oficina en sombras. Respiré con cierto alivio.

Era su pistola, no había duda alguna. El golpe de la máquina, que ahora se estrellaba ruidosamente contra un taburete, después de rebotar en él, le había arrebatado el arma de sus dedos.

Pero de todos modos, seguía estando en desventaja con aquel fajador tan peligroso. Lo comprendí de inmediato al avanzar hacia él unos pasos, dispuesto a reducirle a tortazo limpio.

No iba a ser tarea fácil hacerlo. El tipo acababa de echar mano rápidamente a uno de los amplios bolsillos de su chaqueta, al menos dos tallas más grandes de lo que él necesitaba. Cuando volvió a sacarla, algo chascó en sus dedos.

Yo me he criado en los bajos fondos de esta asquerosa ciudad de angélico nombre. Conozco muy bien el sonido del muelle de una navaja automática. Y aquello era lo que acababa de oír.

Juré entre dientes. El fulano era una especie de arsenal viviente. Mis solas fuerzas físicas, aun siendo bastantes, seguían en desventaja ante un arma blanca.

Me tiró un tajo que casi me alcanza, me deja con la barriga abierta de lado a lado. Pero yo esperaba ya eso. No era la primera vez que peleaba con un enemigo armado de algo así, teniendo yo las manos vacías. Lo malo es que de eso hacía ya al menos doce años, y podía haber perdido la práctica.

Pero sentirse en peligro le hace a uno recordar los detalles más nimios, cuando de ellos depende salvar el pellejo. Eludí aquel

ataque limpiamente, y sabía que al hacerlo, él giraría sobre sus talones, si era tan buen navajero como imaginaba, para lanzarme otro pinchazo al costado.

Así ocurrió. Yo estaba ya preparado para eso, y su arma volvió a encontrar el vacío, porque mi salto atrás, de costado, aunque difícil, resultó bien. Le oí jurar, con voz rara, porque su mandíbula rota debía impedirle emitir sonidos normalmente. Creí ver, en la penumbra a la que iba habituándome, que le sangraba un lado de la boca. Posiblemente tenía también rotos algunos dientes, pero eso en vez de reducir su furia agresiva más bien la aumentaba.

Seguía ante mí, agazapado, navaja en ristre, todo un peligro para mi integridad. Jadeaba como una locomotora y me vigilaba con ojos que brillaban al recibir el intermitente reflejo de un anuncio luminoso de la calle, que penetraba esporádicamente a través de las rendijas de las persianas casi cerradas de la otra habitación, la oficina de mi socio.

Alargué una mano y logré empujar un pequeño taburete que servía de asiento a nuestra secretaria, cuando la teníamos. Ahora no era una de esas ocasiones. La última había resultado muy eficiente en desnudarse y sentarse en nuestras rodillas, pero nula para un trabajo decente de oficina que pusiera un poco de orden en nuestros papeles.

Le arrojé el pequeño mueble cuando intentó saltar hacia mí con renovados ímpetus. El taburete le pegó de lleno en la cara y le hizo retroceder. Yo aproveché ese único momento favorable para arrojarme hacia él con todas mis fuerzas. Caí encima de su cuerpo escurridizo y demasiado flaco para un traje tan grande, evité que pudiera asestarme una cuchillada frenando su muñeca derecha con mi zurda, y ambos rodamos por el suelo, yendo a parar contra la puerta abierta de paso a la oficina de mi socio y amigo, Travis Talbot.

Era un tipo fuerte físicamente, pero estaba algo cansado. Yo tampoco me sentía en la plenitud de mis fuerzas, pero mi exasperación para controlar aquel peligroso momento me duplicaba los ánimos y la energía. Gracias a eso pude mantener a raya su mano derecha armada, doblándosela lenta, muy lentamente, para intentar desarmarle.

Él se defendía cómo podía. Sus rodillas me pegaron dos veces en

las ingles y vi las estrellas. Yo le respondí con un cabezazo contra su frente que sonó como una sandía al abrirse. Tengo la cabeza bastante dura. Vi correr sangre por una grieta en la suya. Eso le debilitó aún más. Nos sujetábamos mutuamente las manos derechas, para evitar yo sus tajos y él mis golpes, y rodábamos de un lado para otro, entre muebles y paredes, estando casi a punto de abatir el depósito de agua potable. De ese modo llegamos bajo la ventana amplia del despacho, con su persiana cerrada casi del todo. Las luces parpadeantes del luminoso cercano —pertenecía al bar Scotty's, del que Travis y yo éramos clientes—, me revelaron las facciones del tipo con el que forcejeaba. Era cejijunto, magro de carnes, cetrina su piel y estrábicos los ojos negros. Su pelo charolado olía a perfume seco, de colonia varonil cara. Cerca de mi cara, centelleó la navaja con reflejos rojos y verdes. Estaba a punto de hacerle soltar el arma, pero ya he dicho repetidas veces que el tipo era duro de verdad.

Logró resistir la presión sobre su muñeca sin abrir los dedos. En un descuido mío, me tiró un tajo a la cara. El maldito hijo de perra me alcanzó.

Sentí como si se me abriera la carne en canal, algo caliente corrió por mi mejilla, y un dolor agudo, desagradable, me provocó calambres en todo el rostro.

—¡Bastardo repugnante! —rugí con rabia, lanzándole contra la pared violentamente, sin soltar su mano derecha pese al dolor—. ¡Te voy a romper esa cara de rata que tienes, puerco asqueroso!

Le oí reír, pese a su mandíbula hecha añicos, y le pegué de lleno con mi rodilla en el vientre. Se dobló, tosiendo, y creí estúpidamente que le había reducido al fin. Fue un error que estuvo a punto de costarme la vida.

Se soltó de mí en ese momento, de un manotazo, y vi moverse como una centella la mano armada. La hoja de acero brilló cerca de mi cuello.

Hice a la desesperada lo único que podía hacer para evitar mi degollamiento inexorable: le tiré hacia atrás de un patadón al conseguir alzar a tiempo, gracias a mis buenos reflejos, mi pierna derecha. Le di de lleno con mi zapato de la talla 44 en el pecho.

En su salto hacia mí, no pudo conservar el equilibrio. El mazazo de mi pie le lanzó atrás como una piedra disparada por una

catapulta, sin posibilidad de rehacerse o sujetarse a nada.

Y lo que tenía detrás era la ventana.

—Oh, no... —murmuró, presintiendo lo que iba a ocurrir.

Y ocurrió.

Le vi, como a cámara lenta en una de esas películas sofisticadas, irse contra la persiana de plástico, la vidriera grande sin postigos, con los negros cabellos erizados. Su cuerpo hizo impacto en todo ello con violencia. Con demasiada violencia.

La persiana se arrugó y dobló como si fuese de papel o de barquillo, la vidriera cedió estrepitosamente, haciéndose añicos y yéndose hacia la calle con él, entre jirones de la persiana, arrancada de cuajo del marco por el ímpetu de la caída.

Pese a que me pareció todo filmado al ralentí, pasó en décimas de segundo. Después, oí un grito ronco y prolongado, allá en el vacío. Y finalmente un choque seco, sordo, espeluznante, abajo en el asfalto.

Jadeante, me apoyé en la mesa despacho, sujetándome con la mano mi mejilla cortada, que seguía chorreando sangre. Recordé que nuestra oficina se hallaba en un octavo piso. Y lo sentí por el tipo de la navaja.

Cuando me asomé, el aire cálido de la noche veraniega azotó mi cara y mis cabellos. La sangre goteó sobre el alféizar. Miré abajo.

El hombre del traje color *beige* claro yacía de bruces en la calzada, muy cerca del bordillo de la acera. Regueros de sangre corrían de su cabeza por el asfalto. Debía de tener el cráneo hecho una pulpa informe.

—Bueno, mejor que fueses tú y no yo —filosofé, agotado, apoyando un pañuelo en mi herida. Y mis ojos se fijaron en un coche que no había visto al llegar, un automóvil oscuro, aparcado en la esquina, con las luces apagadas. Decidí bajar a averiguar si era el vehículo con el que el tipo había venido a nuestra oficina.

Pero antes pensé que era mejor averiguar por qué había un intruso tan violento en aquel lugar. Que yo supiera, mi socio no guardaba allí nada valioso. Y mucho menos dinero. Ni él ni yo teníamos más allá de unos doscientos dólares en la cuenta corriente bancaria y unos pocos en el bolsillo.

Alargué la mano y encendí la luz de encima de la mesa despacho. Se derramó claridad por encima de papeles revueltos, un

tintero volcado, bolígrafos y plumas en desorden y un calendario de mesa caído en un extremo.

Pero todo eso no me importaba ahora lo más mínimo. Era lo que estaba tras de la mesa lo que atrajo mi mirada y mi interés. Corrí hacia allá jurando entre dientes.

No necesité ni siquiera agacharme para comprobar que era Travis Talbot, mi socio. Estaba tendido boca arriba, ligeramente apoyada su cabeza y sus hombros en el muro. Tenía los ojos vidriosos y muy abiertos, la mandíbula colgando, y un feo agujero negro en plena frente.

Le habían matado de un balazo, no hacía mucho tiempo. La sangre aún no se había coagulado.

Ahora ya sabía a qué vino a nuestra oficina el bastardo a quién yo había arrojado por la ventana.

La sociedad formada por Travis Talbot y Rick Malone, detectives privados, acababa de romperse por causa de fuerza mayor. Lo malo es que ni siquiera imaginaba el porqué de aquel asesinato.

CAPÍTULO II

Dejé a Travis donde estaba. Después de todo, no iba a moverse nunca más. Ni tampoco podía hacer nada por él. Antes de llamar a la policía, quería comprobar algo.

Bajé rápidamente a la calle sin usar el ascensor. Aún no había venido nadie para curiosear siquiera donde yacía estrellado un hombre. Era una calle discreta, la hora era avanzada, y muchos vecinos preferían meterse en sus asuntos cuando oían ruidos violentos. Tal vez algún peatón vio al muerto y prefirió seguir a toda prisa que detenerse a ver qué pasaba. La solidaridad humana en las grandes ciudades es una auténtica delicia.

Me acerqué al coche oscuro aparcado en la esquina del callejón, al lado opuesto de donde las luces de Scotty's daban unos manchones de viva claridad al asfalto. Era un Chevrolet cuatro puertas, de color azul cobalto, y esos vidrios que desde fuera parecen negros, y desde dentro son transparentes, tan discretos para gente que no quiere ser vista. Es un modelo que suele tener mucho éxito entre politicastos y mafiosos.

Era inútil tratar de ver nada a través de aquellos vidrios, y yo no tenía la llave para abrir la portezuela. Opté por ir de nuevo adonde yacía el tipo del traje *beige*. Seguía sin verse un alma por parte alguna. Me agaché y registré sus bolsillos. En alguna parte, una radio emitía música ruidosa. En otro sitio, la televisión debía de transmitir algún evento deportivo, a juzgar por los gritos del locutor.

Encontré un manojito de llaves con un bonito llavero con un disco dorado y las iniciales R.K. en él. También un billetero con un buen fajo de billetes de cien dólares nuevecitos y con numeración correlativa, así como una tarjeta de Seguridad Social, un permiso de conducir y un carnet de profesional de peluquería, todo ello a nombre de Rubinstein Kowalsky. Pensé que debía tratarse de algún

judío polaco de los muchos que andan metidos en los bajos fondos de la ciudad.

Si aquel dinero era el precio de la vida de mi socio y amigo, el hijo de pena no se cotizaba demasiado bien. Unos dos mil o dos mil quinientos dólares por la existencia de un hombre bueno y noble como Travis Talbot, era una miseria.

Porque si de algo estaba seguro en la vida, es de que aquel tipo no tenía categoría para ser asesino por propio impulso. Tenía todas las trazas de un pistolero a sueldo, un asesino por contrato o un matón profesional. Alguien había pagado para que mi buen amigo fuese eliminado. Tengo experiencia en esas cosas y sé lo que digo.

Volví al Chevrolet azul. Probé varias llaves, hasta dar con la que encajaba en la cerradura de la portezuela. Abrí esta de golpe, dispuesto a lo que fuese.

Pero no esperaba lo que vieron mis ojos dentro del coche.

Alguien estaba esposado al volante, tendido en el asiento, con la boca cubierta por esparadrapo y los tobillos sujetos igualmente mediante tiras adhesivas muy anchas.

Me contempló con ojos muy abiertos, como demandando ayuda inmediata. Había miedo y angustia en esa mirada.

—Diablo, si es una mujer... —Es lo único que atiné a decir.

De inmediato dudé si mi exclamación respondía a la verdad.

No era lo que se dice una mujer. Vamos, lo que un tipo chapado a la antigua, como yo, entiende por «mujer». No tenía más de dieciséis años, calculé, pese a que sus piernas eran espléndidas, sus muslos bien formados y bajo la blusa palpitaban unos pechos sin sujetador, cuyo pezón se marcaba claramente contra el tejido liviano, veraniego.

Hoy en día ya se sabe cómo están de desarrolladas las chicas. Con catorce años, ya son físicamente mujeres. Y muchas de ellas saben más que una de treinta en otros tiempos. Pero para mí, una muchacha que no ha cumplido los dieciocho, sigue siendo una niña. O poco más.

—Ya te voy a soltar, muñeca, si encuentro la llave de esas molestas pulseras —dije, cómo pudo haber hablado hace años un detective de los que interpretaban el feo Boggie o el duro Dick Powell. Pero en realidad, a mí me parecía justo llamar «muñeca» a una chiquilla menor de edad que tuviera, ciertamente, aspecto de

muñeca. Aunque algún cínico me hubiera podido replicar que aquella jovencita esposada podía parecer más una de esas muñecas hinchables para obsesos sexuales que una muñequita típicamente infantil.

Ella se limitó a contemplar con sus ojos azules muy abiertos, el pelo dorado en desorden, el cuerpo juvenil en una postura forzada que le hacía algo más procaz de lo que debía ser normalmente.

El tipo muerto era muy ordenado, sin duda. La llavecita pequeña de su llavero, correspondió a las esposas. Las abrí sin dificultad. Luego procedí a arrancar cuidadosamente los esparadrapos de sus tobillos y boca, procurando no dañar su delicada piel clara.

Ella respiró hondo, frotándose las muñecas. Tenía una boquita carnosa que hizo un mohín de alivio al poder hablar con voz algo ronca por el prolongado y obligado silencio:

—Gracias... Creí que era él que volvía... para matarme.

—¿Él? ¿Se refiere al tipo del traje *beige* demasiado grande? —pregunté, olfateando el interior del coche, que apestaba al mismo perfume varonil de los cabellos negros del asesino de Travis. Ella afirmó con la cabeza y yo añadí—: No tema nada de él. Está más muerto que Napoleón.

Pareció aún más aliviada, aunque sus ojos reflejaron cierto horror. Al darse cuenta de que tenía los muslos al descubierto, se bajó pudorosa la falda hasta las rodillas. Respiraba agitadamente. No pude evitar una ojeada hacia sus pechitos de adolescente, palpitando bajo la blusa de modo inquietante.

—Gracias a Dios —la oí susurrar—. Me daba tanto miedo. Es un sádico, un enfermo, un criminal...

—De sobra lo sé. Dígame otras cosas, preciosa. ¿Quién es usted, cómo se llama?

Me miró largamente, como si temiera decirlo. Su pregunta me lo probó:

—¿Es usted policía?

—No, no soy policía.

—Me llamo... me llamo Sharon. Sharon Rawlins.

—¿Qué edad tiene?

—¿Yo? —vaciló, tras un pestañeo—. Dieci... diecinueve años...

—Mientes. No tienes ni dieciséis —reí duramente.

—¡Sí los tengo! —Se soliviantó. Luego volvió a vacilar, bajó la

mirada y añadió con tono apagado—: Bueno, casi... Los cumpliré dentro de dos semanas...

—Lo que yo decía. Quince años.

—¡Son dieciséis ya! —Se irritó de nuevo.

—Bueno, vale. Dieciséis. Eres una mocosa.

—¿Usted cree? —Adelantó su busto, agresiva—. ¿Lo parezco acaso?

—No —admití—. Pareces una mujercita ya. No me hagas caso. No quise ofenderte. ¿Qué hace una chica de tu edad metida en todo esto? Ese tipo acaba de matar a alguien, a mi socio y amigo. ¿Sabes por qué?

—Dios mío... Un asesinato —se mordió el labio, mirándome con honor—. No, ¿cómo voy a saber yo nada de nada? Ese hombre me secuestró...

—Sí, eso es obvio —asentí, haciendo oscilar las esposas ante ella. Miré pensativo al cadáver del asesino, tendido allá ante nosotros—. Cuéntame rápido lo que sea, muñeca. Tengo que telefonar a la policía cuanto antes, o me empapelaran por no hacerlo. ¿Qué pasó exactamente para que te encontrase así aquí dentro?

—Ese tipo me asaltó de repente. Me encañonó con una pistola y dijo cosas horribles. Si gritaba, me mataría. Me hizo subir al coche, me trajo aquí... y antes de abandonar el vehículo, dijo que tenía que ligarme y amordazarme, por su propia seguridad personal. Es todo lo que sé.

—¿Sabes por qué te raptó?

—No —los ojos se agrandaron aún más. Eran de un azul delicado, casi de porcelana—. Supongo... que para abusar de mí. Me tocó varias veces, me manoseaba toda, durante el camino.

—Durante el camino, ¿desde dónde? ¿En qué lugar te raptó, dónde vives y con quién? ¿Sabe tu familia lo sucedido?

—Yo... no tengo familia —bajó la cabeza—. No en Los Ángeles, señor. Viven muy lejos de aquí, en Illinois. Son granjeros.

—¿Tus padres?

—No. Mis tíos. Soy huérfana desde los once años. Un incendio forestal sorprendió a mi padre y a mi madre en medio del bosque. No pudieron salvarlos.

—Lo siento. ¿Qué haces en Los Ángeles?

—Estudio.

—Ya. ¿Dónde?

—En el Instituto Femenino Van Halen.

—¿Dónde está eso?

—En un sitio elegante: Santa Mónica, cerca de Beverly Hills.

—¿Y dónde vives?

—En el propio Instituto. Es un internado de señoritas. Allí se nos da una educación y una profesión adecuada. De allí me raptó ese horrible individuo.

—¿Cómo pudo hacerlo? —me extrañé.

—Hoy es sábado, nuestro día libre. Salí al cine esta tarde. Me retrasé un poco en volver. Allí es muy severo el horario. Me esperaba una regañina e iba preocupada. Al llegar cerca del Instituto, justo al lado de la verja de sus jardines, el coche se detuvo junto a mí. Temiendo algo, intenté echar a correr. El tipo saltó fuera del coche y me cerró el paso con una pistola. Tuve un miedo atroz. Me hizo subir al vehículo. El resto ya lo sabe.

—¿Te dijo algo por el camino? ¿De qué habló?

—Decía cosas atroces. Suciedades, obscenidades sin fin. Parecía muy excitado, me tocaba tanto, cada vez con más fuerza y más deseos... que temí lo peor. Pero habló de visitar primero a «un tipo», como decía, «para ajustar cuentas con él». Luego, añadió, se ocuparía de mí debidamente. Tenía tanto miedo, que era incapaz de pensar, de responderle palabra alguna. Él era el que hablaba sin parar. A veces canturreaba. Parecía muy contento.

—Sin duda. Le habían pagado para hacer un trabajo sucio, llevaba mucho dinero encima. Y además, pensaba sin duda pasar un buen rato contigo, muchacha —asentí ceñudo. Moví la cabeza y abrí la portezuela—. Tengo que avisar a la policía. Pero no me gustaría que te mezclaran en el asunto. Eres menor de edad y conozco a los policías. No tienen demasiados miramientos con nadie, y menos en un caso de asesinato. Te echarán a la voracidad de los periodistas sin preocuparles tus traumas. Creo que es mejor que vuelvas a tu Instituto como si nada. Y yo callaré tú presencia aquí, ¿te parece bien?

—Pero... pero me van a reñir, posiblemente me castiguen por llegar tarde. La señorita Goodrich, la directora, querrá saber qué me pasó...

—Inventa algo por el camino —dije, poniendo en sus manos un billete de cinco dólares—. Toma un taxi y vuelve a ese colegio cuanto antes. Cualquier castigo será mejor que lo que te esperaba con ese fulano o lo que te haría pasar la policía, créeme. Anda, ve pronto. Si te necesito alguna vez como testigo de algo, ya recordaré dónde buscarte. Diré que soy tu tío Rick. Me llamo Rick Malone, ¿sabes? Y soy detective privado.

—Sí, entiendo —apretó sus dedos sobre el billete y sonrió. Tenía una sonrisa dulce, angelical. Entonces sí parecía realmente una niña, a pesar de sus senos, de sus piernas, de todo su cuerpo de mujer—. Gracias, Rick. Eres muy bueno conmigo. ¿Por qué lo haces?

—No sé —me encogí de hombros—. Hay quién dice que soy un caballero andante. Otros que soy idiota. Vamos, lárgate ya. Este sitio estará al rojo vivo dentro de unos minutos, preciosa.

—Eres adorable, Rick —dijo con espontaneidad.

Y me dio un beso en los labios, sin que pareciera importarle la sangre que empapaba todo mi rostro, procedente del corte superficial en mi mejilla que causara la navaja del tal Kowalsky.

Luego, se alejó a la carrera por el pasaje oscuro, en dirección a las luces cercanas de Compton Boulevard.

Seguí con mirada pensativa el alejamiento de su esbelta, grácil figura de adolescente, corriendo sobre sus zapatos de lona deportivos, con calcetines cortos de color blanco y franjas azules en sus bordes.

Respiré hondo y moví la cabeza, tocándome los labios recién besados.

—Rick, amigo, a veces te das cuenta de lo demasiado viejo que eres, ¿verdad? —me dije a mí mismo en voz alta, limpiando cuidadosamente las huellas que pude haber dejado en el coche azul, antes de abandonarlo. También limpié el volante, por si quedaban en él huellas de Sharon Rawlins, la menor secuestrada.

Volví a la oficina, tras comprobar que todo seguía igual en la calle, y nadie hacia el menor caso del difunto. El bar de Scotty's estaba con su luminoso encendido, pero tenía ya cerrado y no había nadie dentro.

Subí al octavo piso, me acerqué al teléfono y lo descolgué, marcando el número del Departamento de Policía. Pedí Homicidios,

y pregunté por el teniente Jagger. No estaba, pero quedaron en avisarle de inmediato. Informé del asesinato de Travis y de la muerte de su asesino, al desplomarse por la ventana de la oficina cuando intentó asesinarme también a mí.

Diez minutos más tarde, la calle era un hervidero de coches policiales, luces parpadeantes, hombres de uniforme y actividad en torno al cuerpo aplastado de Ruby Kowalsky.

Sólo veinte minutos después de la invasión policial, el propio teniente Jagger, mi viejo amigo de Homicidios, estaba también allí.

—Ruby Kowalsky... Sí, le conocíamos bien. Una larga lista de antecedentes policiales. Y otras cosas que no se le pudieron probar nunca. Era un asesino nato, un matón por contrato. Y no de los mejores.

—Pues su tarea la hizo bien esta vez. Pobre Travis... —suspiré, viendo salir de la oficina la camilla tapada por una sábana, llevando el cuerpo de mi socio y amigo—. Luchó duro durante años de oficio. Y ese matón barato, vino a acabar con su vida...

—Así son las cosas de esta ciudad, Rick —me dijo Jagger con un resoplido—. ¿No tienes idea del motivo de este crimen?

—Ni la más mínima.

—¿Algún asunto entre manos que pudiera provocar el asesinato de tu socio?

—Que yo sepa, no. Ni siquiera teníamos asunto. Es una mala época. El último caso lo resolvimos hace unos veinte días. Desde entonces, ni un solo cliente.

—Pues no creo que mataran a Talbot por error ni por divertirse.

—Yo tampoco. Tal vez fue algo personal, no sé.

—Cuéntame con detalle lo sucedido, ¿quieres?

Lo hice. Pero sin mencionar para nada a Sharon. Jagger me escuchó atentamente, sin interrumpirme. Yo había vuelto a depositar llaves y billetero en los bolsillos de Kowalsky, de modo que nada relacionaba a éste con el coche azul cobalto. Sin embargo, los policías no son tontos. Media hora más tarde, tenían el coche abierto y estaban examinando su interior exhaustivamente. Ya sabían que el coche estaba a nombre de Rubinstein Kowalsky y también que alguna mujer había estado recientemente en él, puesto que un agente localizó cabellos color miel en el asiento delantero. Recordé que era el color del pelo de la chiquilla. Pero me guardé

muy mucho de decir nada.

—Todo sigue estando muy oscuro, Rick —me confesó el teniente al final—. Ese tipo vino aquí, mató a tu socio y, al sorprenderle tú al término de su trabajo, intentó deshacerse de ti, pero sospecho que se iba a limitar a acabar con la vida de Talbot sin buscarte a ti. Esto fue todo casual. De modo que, no habiendo caso profesional alguno que relacionar con el crimen, será cosa de pensar que se trata de un asunto personal, tal vez una venganza o cosa parecida.

—Es posible. Los detectives privados tenemos muchos enemigos —comenté—. Y Travis llevaba veinticinco años en la profesión. Detestaba la corrupción de esta ciudad tanto como yo. Imagina la cantidad de gente que le odiaría.

—Sí, es fácil suponerlo —asintió—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo sé. Creo que lo que él hubiera hecho, de ocurrir a la inversa: seguir con el negocio. Y tratar de saber quién pagó a ese matón para deshacerse de mi amigo.

—Deja el asunto en mis manos. Es cosa de la policía, no de un detective privado. Esto no es una película, Rick. No trates de darte el papel del héroe.

—Sólo quiero que alguien pague por esto.

—Pagará, Rick, no lo dudes. Nosotros nos ocuparemos de ello.

—Quisiera creerlo, Drew —sonreí forzado, encendiendo un cigarrillo—. ¿Cuántos casos al año quedan sin resolver en los archivos de Homicidios?

—Eso no tiene gracia, Rick —se molestó—. Este asunto no tiene por qué ser uno de ellos.

—Claro que no. Trabajad a vuestro modo. Yo lo haré al mío. Después de todo, si alguien conocía bien a Travis, ese alguien soy yo. Puede ayudarme mucho a investigar en su vida buscando el motivo de esta infamia.

—Te lo advierto seriamente, Rick —me señaló con el dedo—. No te cruces en nuestro camino ni obstrucciones la tarea de la policía. Toda nuestra amistad no bastaría para impedir que yo personalmente te suspendiera tu licencia.

—Lo tendré en cuenta, Drew. ¿Puedo ayudarte en algo más?

—Supongo que no. Vete a dormir y olvídate del asunto, es lo mejor que podrías hacer.

—Quizá, pero no puedo —negué rotundo, caminando hacia la

salida—. Voy a tomarme unas copas. Y a pensar un poco en Travis, en nuestra vieja amistad, en nuestra sociedad... Era un gran tipo. Vale la pena acordarse de él, créeme.

No dijo nada. Me dejó ir. Yo busqué un bar cercano donde beber durante una hora, fumando cigarrillo tras cigarrillo y pensando en Travis, en Kowalsky, en Sharon...

Traté de apartar a Sharon de mis pensamientos. Para casi un cuarentón, una chiquilla de dieciséis años sin cumplir era demasiado joven. Una muñeca, como decía yo. Y ya no estoy en edad de jugar con muñecas.

Una fulana de grandes pechos y trasero descarado se sentó a mi lado para pedirme una copa y un cigarrillo. La invité a ambas cosas, pero rechacé su sugerencia de irnos juntos a pasar un rato. No tenía ganas de ciertas cosas ahora, cuando todavía estaba caliente el cuerpo de Travis en la Morgue.

Me acosté algo ebrio, y creo que incluso lloré cuando me iba a dormir y me vino a la memoria la sonrisa amplia y divertida de Travis, sus chistes sin gracia o su alegre manera de afrontar los malos tiempos, que eran casi siempre.

Cuando me desperté al otro día, tenía dolor de cabeza, la boca como un estropajo y los ojos enrojecidos. Y seguía pensando en Travis Talbot, mi viejo socio y amigo.

—Maldito hijo de perra que pagó a ese polaco para matarte — mascullé mientras buscaba alivio en la fresca ducha, y el boletín meteorológico de la ciudad anunciaba calor bochornoso y un alto grado de humedad para aquel día—. Juro que cuando de con él le pagaré con la misma medicina que él usó con el bueno de Travis. Lo juro, sí...

Pero lo cierto es que, pese a mis humanos deseos de venganza, no sabía ni siquiera por dónde empezar. Me faltaba el nexo que pudiera unir a Talbot con Kowalsky. Y, sobre todo, a éste con la persona que pagó por aquel crimen.

Tal vez por todo ello, pese a que no tenía apetito alguno, fui a desayunar y tomarme un par de cafés bien cargados al bar de Scotty.

Como cada mañana, fue Betsy la camarera encargada de servirme. Al verme en mi mesa de costumbre, puso un gesto de sobresalto.

—Dios mío, Rick, ¿qué te sucede? —se alarmó—. Tienes una cara horrible...

—Lo sé. Tengo espejo en casa —me toqué el apósito que cubría mi corte en la mejilla—. Y eso que no ves lo peor...

—¿Qué te pasó ahí? ¿Te has cortado afeitándote?

—¿Crees que uso una guadaña para afeitarme? Alguien me cortó anoche. Pudo ser peor. Mataron a Travis, ¿lo sabías?

—Dios mío, no —abrió mucho sus ojos ambarinos, mirándome con horror—. ¿Cómo ha sido?

—Arriba, en la oficina. Un matón a sueldo le metió una bala en la cabeza. Estuvo a punto de matarme también a mí. Pero tuve suerte y en la pelea se fue por la ventana abajo.

—Oh, eso... —asintió—. He oído hablar algo del hombre que cayó por una ventana, pero ignoraba que se relacionara contigo. Hace sólo veinte minutos que entré y no he parado de trabajar, no tuve tiempo de curiosear en el asunto.

—Pues ahora ya lo sabes. Por eso tengo tan mala cara. Dame el café bien fuerte esta mañana, lo necesito. Y poca cosa para comer, no tengo apetito.

Asintió, apresurándose a servirme un café que casi se podía cortar. Me fue bien, pero me quitó todavía más el apetito. Dejé casi intactas las tostadas, la mantequilla y los huevos con bacon. Sólo probé el zumo de naranja y unos copos de avena. Betsy había terminado su trabajo y se sentó ante mí.

—¿Qué piensas hacer ahora? —me preguntó.

—Seguir. Ahora será solamente «Rick Malone, Detective Privado». Sin socio. Ojalá tenga suerte. Me gustaría poderle pagar un buen panteón a Travis.

—Sospecho que eso a él le dará ya igual —meditó ella en voz alta. Me miró pensativa. Era una chica atractiva, de senos bien desarrollados y bonitas piernas. Como casi todas las camareras de Los Ángeles, había llegado para ser famosa en el cine o en la televisión. Al final bajó de sus doradas nubes y comprendió que era mejor un trabajo estable y decente que seguir soñando con imposibles. Había cientos de miles así en la ciudad. Tras un silencio, añadió—: Ten cuidado ahora, Rick. Podrías peligrar tú también.

—Ya lo he pensado, pero sospecho que era Travis quién tenía que morir. Sólo él. Algo personal, imagino.

—¿Nada de vuestro trabajo?

—No, nada, a menos que alguien haya querido vengarse de él por algún asunto pasado. ¿Le viste últimamente por aquí, Betsy?

—Claro, como siempre. Por cierto, llevaba dos días bastante preocupado al parecer.

—¿Ah, sí? —La miré enarcando las cejas—. No sabía eso. Hace tres días que no coincidíamos en la oficina. Hablé con él por teléfono y no me dijo nada. Pero ahora que lo dices, resultaba raro que no se presentara por aquí en tantos días. ¿Sabes qué era lo que podía preocuparle, te dijo algo?

—¿A mí? No, nada. Pero pedía cosas muy ligeras para comer y las dejaba como tú hoy, casi sin tocarlas. Le veía pensar, fumar mucho, mirar al vacío. También le vi tomar apuntes varias veces en su agenda...

—¡Su agenda! —exclamé, sorprendido—. Cielos, no se me ocurrió... Ahora debe estar con las demás cosas suyas, en la Morgue, tonto de mí... ¿Dices que anotaba cosas?

—Sí. Ahí mismo, en su mesa habitual. Reflexionaba, y luego escribía en ella. Parecía nervioso, inquieto. Pero claro está, yo pensé que eran problemas vuestros de la profesión.

—Ni siquiera teníamos problemas —me quejé—. Ni uno. No hay trabajo... Bueno, te dejo. Debo encargar una nueva vidriera para la oficina. Además de poner otro rótulo, la antigua la hicieron añicos anoche de un disparo.

Aquel mismo mediodía estaba instalada la otra vidriera esmerilada en la puerta de la oficina. Un empleado empezó a pintar cuidadosamente en oro y negro el nuevo nombre de la agencia:

RICK MALONE, INVESTIGACIONES PRIVADAS

A las doce en punto, llamaron a la puerta y el pintor dejó de trazar sus cuidadosas letras para dar paso a mi visitante. Miré hacia la entrada, alzando mis ojos del archivo, donde buscaba en vano algo relacionado con la muerte de mi socio.

Me encontré con una mujer impresionante en muchos conceptos.

Alta, esbelta, arrogante y fría. Era de cabellos castaños muy claros, ojos pardos con gafas de montura metálica muy estilizada, elegante traje sastre impecablemente cortado y zapatos de charol

negro de alto tacón y punta afilada. Bajo su melena bien peinada, lucía un rostro oval, bien dibujado, de nariz recta, boca firme y helada expresión. Su bolso de piel de cocodrilo era caro y elegante.

—Buenos días —saludó—. ¿Los señores Talbot y Malone?

—Llega un poco tarde para eso, señorita —respondí—. Sólo queda Malone en la firma comercial. Travis Talbot ha muerto anoche.

—Lo siento mucho —pareció desconcertada—. En ese caso, supongo que no debí venir. Hoy no trabajarán...

—Este negocio nuestro es muy especial, señorita. No guardamos luto por nadie, ni siquiera por nosotros mismos. Pase, por favor. La atenderé gustosamente.

Ella entró a mi oficina, contigua a la del pobre Travis. La invité a sentarse frente a mí. Lo hizo y cruzó sus piernas. Contuve el aliento.

Tenía unas pantorrillas preciosas. Y un inicio de muslos realmente seductor. Al observar mi mirada, se alisó la falda sobre la rodilla y arqueó las cejas con cierto disgusto.

—Mi nombre es Leslie Goodrich —dijo suavemente—. Vengo a contratar sus servicios.

Me pregunté dónde había oído el apellido Goodrich recientemente, pero no pude localizarlo. Ella me aclaró ese punto de forma inesperada y sorprendente:

—Soy la directora del Instituto Femenino Van Halen, de Santa Mónica, y deseo que se haga cargo de un caso de posible asesinato en mi establecimiento, señor Malone.

CAPÍTULO III

Confieso que inicialmente sentí un temor inexplicable.

La palabra «asesinato», relacionada con el Instituto Femenino Van Halen, me hizo pensar de inmediato en Sharon Rawlins, la adolescente del Chevrolet azul cobalto.

—Perdone, ¿dice usted «asesinato»? —pregunté roncamente, inclinándome hacia ella.

—Sí, eso dije.

—Entonces, lo lamento mucho. No puedo hacerme cargo del asunto. Eso concierne a la policía, no a un detective privado.

—No, no lo entiende aún. No es que haya un asesinato. He dicho sólo «posible». No poseo evidencia alguna de que el asesinato exista, señor Malone. Por eso estoy aquí. La policía se reiría de mí si le expusiera mis sospechas. No tengo nada sólido en qué asentarlas. Es un investigador particular lo que necesito para confirmar esos temores míos.

—Eso es diferente. ¿A qué asesinato se refiere?

—No a uno solo... sino a dos —me espetó claramente.

Tragué saliva. Dos asesinatos, estando reciente lo de Travis y habiendo conocido yo la noche anterior a Sharon Rawlins, era algo demasiado fuerte. Empezaba a darme cuenta de que Ruby Kowalsky no raptó a la chica por simple accidente o por perversión sexual. Había algo más en todo aquello. Mucho más, sin duda.

—Dos asesinatos es mucho —comenté—. ¿Cuándo ha pensado requerir nuestros servicios para esa tarea, señorita Goodrich?

—Hace unos días. Pero he estado dudando hasta anoche mismo.

—Y... ¿por qué anoche? —quise saber nuevamente.

—Llegué a temer que una tercera víctima hubiera podido unirse a las otras dos, señor Malone.

—¿Sharon Rawlins? —pregunté como si nada.

Pegó un salto en su asiento y me miró estupefacta. Mi golpe

había surtido efecto. Boquiabierta, sin dar crédito a lo que oía, murmuró vacilante:

—¿Cómo... cómo puede usted saber eso? ¿Quién le dio ese nombre?

—Saber cosas es mi oficio, señorita Goodrich —sonreí con aire de suficiencia, feliz por haberle dado esa prueba de clarividencia que ella no podía entender—. Prosiga, se lo ruego.

—No entiendo cómo ha llegado a conocer tal cosa, la verdad —meneó la cabeza, todavía perpleja—. Pero anoche, como bien dice usted, Sharon Rawlins, una de mis alumnas, llegó a la residencia pasadas las dos de la madrugada.

—¿Y bien...?

—Me contó algo poco creíble, pero lo admití todo sin replicar porque había pasado muy mal rato ante su ausencia. La hora límite para regresar un viernes, es las nueve de la noche, compéndalo.

—¿Qué le dijo ella?

—Que al salir del cine, la había perseguido un hombre con malas intenciones y ella tuvo que tomar un autobús para huir de él. Llegó así a Pasadena... y al bajar del vehículo se lo encontró esperándola, junto a un coche. Realmente aterrorizada, volvió a subirse al autobús y regresó al centro de la ciudad, siempre temiendo volver a encontrarse con su perseguidor. Para burlarle, entró en un cine con dos salidas, esperó hasta muy tarde y pudo salir por la que él no vigilaba, pudiendo regresar a Santa Mónica sin más problemas.

—O esa chica tiene mucha imaginación, o realmente vivió una incómoda aventura —sonreí indolente.

—Yo no me creí una sola palabra. Los cines que tienen abierto hasta tan tarde no admiten menores de dieciocho años en el local, dada la naturaleza de sus películas —comentó secamente la señorita Goodrich irguiéndose altiva—. Pero me sentí tan aliviada al verla regresar que no quise castigarla ni acosarla a preguntas. Ese incidente, sin embargo, me hizo venir a verle a usted, señor Malone.

—Me gustaría conocer la historia relativa a esos dos hipotéticos asesinatos de que usted habló, señorita Goodrich. Pero si voy a aceptar su caso, como imagino que haré, dado que oficialmente no existe motivo para una denuncia ante la policía, ¿qué le parece si me lo relata mientras vamos camino de su Instituto para iniciar yo

allí mis pesquisas?

—No le gusta perder el tiempo, ¿verdad? —me dijo, dirigiéndome una ojeada de complacencia.

—No, no señorita, no me gusta perder ni un solo minuto —asentí—. A veces, ese simple espacio de tiempo puede salvar otra vida.

—Se trata de dos de nuestras alumnas, Ginger Adams y Joyce Bradwell. Ambas han muerto en circunstancias extrañas, señor Malone.

Asentí, mirando hacia delante mientras conducía Crenshaw Boulevard arriba. A mi lado, Leslie Goodrich rozaba mi pierna con la suya involuntariamente. Tenía unas rodillas preciosas, pensé. Además, olía a un perfume fresco y suave.

—¿Qué edad tenían? —indagué, sin mirarla.

—Dieciséis y diecisiete años, respectivamente.

—Ambas menores de edad.

—Sí —noté que me miraba algo inquisitiva a través de sus gafas—. Todas nuestras alumnas son menores de edad. A los dieciocho años ya no se admite su presencia allí, es norma del Instituto.

—Entiendo. Siga, por favor. ¿Qué les pasó a esas muchachas?

—Aparentemente, fueron dos accidentes desgraciados. Eso, al menos, resolvió en ambos casos la policía. El *coroner* confirmó el veredicto en una encuesta previa, y el caso se cerró de forma definitiva.

—¿Cómo fueron los... accidentes? —me interesé.

—Aparentemente vulgares, sin nada especial. Ginger se cayó por una ventana, y su cuerpo quedó ensartado terriblemente en los hierros de la verja, que tienen forma de punta de lanza en su parte superior. Las zapatillas de la chica estaban al pie mismo de aquella ventana, y había un jirón de tela de su blusa en un clavo del marco, enganchado. Eso hizo pensar en que, asomándose imprudentemente, se fue abajo sin remedio.

—Ya. ¿Y el otro suceso?

—Muy distinto, sin nada en común con el anterior. Joyce era una chica muy cuidadosa y metódica. Nunca se hubiera ido a la piscina del Instituto a bañarse recién comida. Sin embargo, apareció en ella, ahogada, a eso de las dos de la tarde, bajo un sol de justicia de este tremendo verano que estamos sufriendo en Los Ángeles. El

forense en el informe de la autopsia, reveló que había alimentos sin digerir, bien en su estómago, y huellas de un endurecimiento muscular en su muslo derecho, lo que hacía pensar en un calambre, provocado por corte de digestión, que la hizo sumergirse sin poder alcanzar el borde de la piscina, falleciendo ahogada.

—El asunto parece claro, ¿no?

—Demasiado claro. Como lo de Ginger. Insisto en que Joyce era muy cuidadosa y no hubiera alterado sus costumbres haciendo algo tan peligroso. Es cierto que era propensa a calambres en sus clases de natación, cosa que sin duda sabía bien el asesino.

—Pudo equivocarse una vez, inducida por el excesivo calor, buscó un chapuzón y...

—No —negó rotunda Leslie Goodrich—. No lo creo en absoluto. La mataron, estoy segura. Como a Ginger, a quién debieron arrojar por la ventana.

—Pero ¿quién? ¿Por qué?

—No lo sé. Eso es lo exasperante. Por eso nadie cree mis sospechas. Conté lo de Joyce a la policía. Me dijeron lo mismo que usted: el calor la había hecho ir a refrescarse a la piscina, y pasó lo que pasó.

—¿Lo ve? Por una vez, la policía y yo coincidimos —reí suavemente. Tras una pausa, provocada por el arranque tras un semáforo que cambió del rojo al verde, indagué—: ¿A qué hora murió Ginger en su caída?

—También a media tarde, a la hora del sol.

—¿Mucha diferencia de tiempo entre ambos hechos?

—No. Ginger murió hace dos meses. Joyce, hace dos semanas.

—Entiendo. ¿Sospecha de alguien del propio Instituto?

—Eso es lo malo. No sospecho de nadie. Las chicas son normales, ninguna haría algo así, señor Malone.

—¿Y el cuadro de profesores?

—No hay profesores varones —cortó ella con firmeza—. Sólo estoy yo, con la señorita McDonald, mi auxiliar y maestra de ciertas asignaturas. El señor Van Halen, propietario y mecenas del Instituto, es el único varón que pisa la residencia.

—¿Ha dicho mecenas?

—Sí. El Instituto es totalmente gratuito. Se admite a jóvenes sin familia o huérfanas sin recursos. Presentan solicitud, hacen un

examen de ingreso y se las, admite o no, según los casos. El señor Van Halen, un conocido industrial de Los Ángeles, carga con todos los gastos.

—Notable altruismo —comenté, parando en otro semáforo—. Entonces, ¿por qué sospecha que fueron dos asesinatos? La policía parece pensar con lógica en este asunto...

—Verá, señor Malone. Puedo mostrarle algo que tal vez le convenza. Algo que no he querido enseñar a la policía para que no se burlaran de mí, atribuyéndole alguna explicación racional desde su punto de vista aséptico. Es algo que he encontrado en los libros de estudios de las dos muchachas fallecidas. Exactamente en sus cuadernos de notas de la clase de literatura. Véalos, ¿quiere?

Aprovechando el semáforo, abrió el bolso y me mostró dos cuadernos abiertos por una concreta hoja. Los miró, mientras asomaba el ámbar ante mí.

Leí una misma frase, escrita con rotulador rojo, en ambas páginas, con letra desigual, mayúscula, de aspecto infantil y grotesco:

«¡MUERE PRONTO, MUÑECA!»

Me di cuenta de que el semáforo llevaba ya rato en rojo cuando una barahúnda de cláxones sonaron irritadamente tras de mí.

Entre Santa Mónica Boulevard y Sunset, en una zona verde, cercana al Country Club, se alzaba una bonita edificación colonial, remozada recientemente, y rodeada por un jardín amplio, cercado a su vez por altas verjas metálicas.

La puerta se abrió automáticamente al llegar nosotros con el coche, y un portero afable, de edad avanzada, saludó cortés y respetuosamente a mi compañera, permitiéndonos seguir adelante. Mi compañera de asiento me informó:

—Es Ken Jeffreys, el portero de la finca. El segundo hombre que pisa esta residencia, señor Malone. No tiene contacto con las alumnas ni con ninguno de nosotros, salvo para recibir instrucciones de cómo cuidar el jardín y todo eso. Es persona de toda confianza.

Asentí, mientras subíamos por un sendero ladera arriba, hasta

llegar a un amplio claro, a cuya derecha vi una piscina y a la izquierda una cancha para tenis. Las instalaciones me parecieron inmejorables. El riego por aspersión funcionaba, dando un grato frescor al césped que crecía por doquier. Eso, en pleno verano californiano, y con casi cuarenta grados centígrados a la sombra, era muy de agradecer.

Mientras ella me indicaba dónde aparcar, yo le hice una pregunta:

—¿Quién cree que escribió eso en sus libros de apuntes?

—El asesino, sin duda —afirmó muy convencida—. Era una amenaza para ellas, que tal vez ni siquiera llegaron a entender. Eso, si es que se escribió antes de morir las dos. Si no, sería una velada amenaza, dirigida acaso a las demás.

—Es curiosa la frase... «¡Muere pronto, muñeca!» —repetí despacio, mientras evolucionaba con mi viejo coche, hasta aparcarlo adecuadamente en la rotonda que rodeaba el acceso a la edificación colonial.

—¿Por qué la encuentra curiosa?

—¿Por qué llamar «muñeca» a la chica a quién se dirige el mensaje? Es un viejo término del «cine negro» y de la novela de su mismo estilo. Algo en desuso hoy en día, si no fuera porque todo lo de los años cuarenta ha vuelto a ponerse de moda gracias a la televisión y a los remakes de ciertas películas inolvidables.

—Sé qué es el término que usaría un hombre vulgar, más bien tosco y algo cínico —asintió Leslie Goodrich mirándome—. Por ejemplo, una persona como usted.

—Muy amable si es un cumplido, aunque me temo que no lo sea —gruñí, abriendo la portezuela con el ceño fruncido—. «Muñeca»... Ese término no acabo de entenderlo.

—Tal vez lo entienda mejor si sabe que en estos alrededores, la vecindad llama a nuestro establecimiento «Casita de Muñecas». Por las chicas adolescentes que aquí estudian, imagino.

—Ya. ¿Es fácil para cualquiera introducirse en la finca?

—Habrá visto que no. Ken cuida de la puerta y de su cierre automático. Las verjas son altas. Y tenemos perros por la noche. Pero de día están encerrados. Y ambos crímenes tuvieron lugar de día.

—Si es que fueron crímenes —sugerí suavemente—. ¿En quién

piensa como hipotético culpable? Porque alguna idea tendrá, naturalmente...

—Sí, la tengo —afirmó ella, rotunda—. Sospecho de algún sádico, un maníaco sexual o cosa parecida, que de alguna forma se infiltra en esta propiedad en pleno día, sin ser advertido.

Asentí sin decir nada. Examiné la fachada de la casa y observé que por su parte trasera y lateral se veía una cerca alta, rematada por una verja rematada en puntas de lanza.

—Ahí se mató Ginger Adams, ¿verdad? —pregunté, señalando la verja.

—Sí —asintió la señorita Goodrich—. Aquélla era su ventana.

Miré hacia allá. En el segundo piso, la tercera de la pared lateral. Justo sobre las agudas puntas de hierro. Me estremecí, imaginando a la pobre chica allí ensartada.

—Entremos —invitó la directora del centro docente para menores de edad—. ¿Desea hablar con mis alumnas?

—Sí, por favor —asentí—. Especialmente con las mejores amigas de las difuntas.

—Todas lo son. Este establecimiento es de plazas muy limitadas. Sólo teníamos esta temporada siete plazas ocupadas. Ahora sólo quedan cinco. Las conocerá de inmediato. Seguro que armará usted una buena tremolina entre ellas. Será el primer hombre joven a quién ven dentro de esta casa desde que están en ella.

—Gracias por lo de joven —comenté sarcástico—. Es lo más bonito que me han dicho en varios años, señorita Goodrich.

Me presentó poco más tarde a la señorita Maud McDonald, una mujer de edad madura, bastante pintada para sus años, locuaz y afable. Ella y Leslie Goodrich formaban el único cuerpo docente de tan extraño establecimiento. Me dijeron que Seldon Van Halen solía estar ausente los fines de semana, y el resto del tiempo se alojaba en la planta alta de la casa, en solitario. Era un hombre de edad muy avanzada, gran fortuna personal y un desmedido amor por la ayuda a personas necesitadas, en forma de cultura y educación o de una preparación para obtener trabajo bien remunerado.

Finalmente, tocó un timbre e hizo reunir a todas las alumnas en un amplio salón de la planta baja, donde las persianas a medio cenar tamizaban lo suficiente la luz del sol para que ésta no resultara molesta. El aire acondicionado, ayudaba bastante a

sentirse allí a salvo de los rigores estivales. Yo, al menos, había dejado de sudar por mi espalda y mis axilas, lo cual era de agradecer.

Entraron modosas y educadas las cinco chicas. Vi a Sharon dominar un gesto de sorpresa al verme allí, mientras las demás cambiaban miradas maliciosas entre sí y cuchicheaban en voz baja. Una palmada de la señorita Goodrich impuso rápido y disciplinado silencio en el quinteto de adolescentes. Observé, sorprendido, que todas ellas tenían algo en común: eran muy desarrolladas para su edad, igual que Sharon, y todas tenían una hermosa figura y unas formas muy definidas en ciertos puntos de su anatomía, pese al rigor de sus uniformes grises.

—Aquí tiene a nuestras alumnas: Zena, Valerie, Maggie, Jane y Sharon —presentó la directora—. Señoritas, este caballero es Rick Malone, detective privado. Viene para tratar de esclarecer las muertes de vuestras compañeras Ginger y Joyce.

—¿Es el que va a descubrir al asesino? —preguntó vivamente la joven morena llamada Zena, con un destello pícaro en sus negros ojos.

—¡Señorita, por favor! —la reprendió la directora—. No sabemos aún, ni remotamente, si existió en sus muertes algo que no fuera accidental. No se asegura nada aquí, sólo se trata de una investigación a título particular para determinar ciertas dudas razonables. Les ruego ayuden al señor Malone lo mejor que sepan y puedan, pero no hagan trabajar su fantasía ni se inventen nada que no sea cierto y concreto.

—Señorita Goodrich, ¿puedo preguntarles yo algo? —Sonó una voz tímida.

La reconocí enseguida. Enarqué las cejas y miró a quién formulaba la pregunta. Naturalmente, era Sharon.

—Adelante, señorita Rawlins —invitó la directora.

—Se trata de algo que encontré anoche en mi dormitorio, cuando llegué de... del cine, señorita Goodrich —explicó con cierta torpeza mi vieja amiga del pelo color de miel, rebuscando en un bolsillo de su uniforme. Sacó un papel doblado y lo tendió con timidez—. Es esto... Estaba puesto en el marco de mi espejo del tocador, señorita...

Ella tomó el papel. Lo desplegó. La vi palidecer. Rápida, dio

unos pasos hacia mí y puso la hoja blanca en mis manos. Yo le dirigí una ojeada.

Habían dibujado un monigote con trenzas, tumbado en el suelo, con un tosco puñal clavado en el cuerpo. Todo ello en rotulador rojo, sobre una hoja arrancada de un cuaderno. Encima de aquel siniestro dibujo, infantil y burdo, una frase en igual color que yo conocía ya:

«¡Muere pronto, muñeca!»

CAPÍTULO IV

—Otra vez la misma horrible amenaza, señor Malone...

—Sí —asentí—. Otra vez.

—Y ahora es Sharon la amenazada —musitó con voz rota la profesora y directora del centro, paseando por la estancia nerviosamente—. Pobre chica...

—No parece muy asustada por ello —señalé—. Es una muchacha valerosa.

—Siempre lo ha sido. Sólo anoche la noté algo asustada, la verdad. Y debía estarlo cuando no se atrevió a informarme del hallazgo de ese papel odioso en su alcoba...

—¿Quién cree que tuvo acceso a ese cuarto para depositar el papel?

—Lo ignoro. Sin duda la misma persona que arrojó a Ginger por la ventana y ahogó a Joyce en la piscina.

—Alguien con bastante fuerza, según parece —hice notar—. Una chica como las alumnas que usted tiene, no es fácil de reducir por otra persona de escasa fuerza física. He notado que todas son muy desarrolladas para su edad. ¿Es eso una condición previa para aceptarlas aquí?

—No, claro que no —se irritó al parecer la dama con mi pregunta—. Hoy en día las quinceañeras son ya mujeres hechas y derechos, señor Malone. En nuestra juventud era otra cosa.

Me chocó su pretexto. Yo era de una generación muy distinta a la de aquellas chicas, pero no así Leslie Goodrich, a quién yo debía llevar al menos diez años de diferencia. Tuve la rara impresión de que pretendía justificar la saludable y bien desarrollada apariencia de sus alumnas. Recordé, sobre todo, a la llamada Jane. Me había impresionado que, a sus dieciséis años recién cumplidos, tuviera un perímetro torácico tan increíble. Cualquier «estrella» del porno de grandes senos hubiera quedado pequeña al lado de su desarrollo

pectoral, que el uniforme gris no podía disimular en absoluto. Por cierto que la exuberante criatura había sido quien más insistente y maliciosamente me observó durante el breve interrogatorio a que las sometí en presencia de su maestra, y que naturalmente no me aclaró nada de nada.

—En resumen, tuvo que ser un hombre quien posiblemente cometiera ambos delitos —señalé—. Si es que cubo tal delito, claro. Un hombre fuerte y ágil. Lo bastante fuerte como para ahogar sin problemas a una muchacha físicamente bien dotada, para tirar por la ventana a otra... y ágil para entrar y salir de esta residencia sin ser advertido. ¿Sigue sin sospechar de nadie que responda a tales condicionamientos?

Vi una duda en el rostro de mi interlocutora. Tras una vacilación, dirigió una mirada por la ventana. La oí susurrar un nombre:

—Morgan Beebe.

—¿Quién? —salté, rápido.

—Morgan Beebe. Un vecino —señaló hacia el otro lado de la alta verja que delimitaba la propiedad—. Un actor.

—Sé quién es. Por eso traté de concretar ese nombre. Morgan Beebe, actor de los Estudios National —recité—. Cine y televisión. Acróbata y atleta. Guapo y atractivo, muy fuerte y ágil. Ahora en el declive de su carrera.

—Pero todavía con fuerza sobrada para eso y con agilidad suficiente para escalar muros, tapias y lo que sea —señaló con labios apretados Leslie Goodrich.

—Sí, en efecto —asentí—. Hace poco vi una serie suya en televisión, «El Aventurero de Oriente». La serie era pésima. Y Beebe también. Pero realizaba sus acrobacias y alardes de fuerza sin dobles ni especialistas de ningún género.

—Así es.

—¿Por qué sospecha de él? Habrá muchos otros en iguales condiciones en Los Ángeles.

—Pero no al lado de este Instituto. Y tampoco serán obsesos sexuales.

—¿Beebe lo es? —me interesé.

—Ya lo creo. Mira de un modo que asusta. Es un enfermo sexual según me dijeron. Le gustan jovencitas, pero también de todas las

edades. A mí me tocó un día, en pleno bulvar. Fue un ataque audaz, me... me tocó por todas partes —enrojeció, pasando sus manos significativamente por pecho y nalgas—. Grité, y escapé. Es repugnante.

—Eso no quiere decir que pueda ser un asesino. El mundo está lleno de gente así. Los hay en todas partes. Mirones, exhibicionistas, tocones, violadores... Pero hablamos de un caso de doble asesinato.

—Que puede ser triple. Ahora, también Sharon Rawlins está amenazada. Tal vez dijo anoche la verdad, y el hombre que la seguía era el criminal, no sé.

Yo sabía que el único perseguidor de Sharon la noche antes estaba tan muerto como el bueno de Travis, y era el polaco Ruby Kowalsky. Pero no se lo dije, claro, porque era involucrar de un modo u otro a la chica en otro feo asunto de asesinato que, por cierto, empezaba a intuir que se relacionaba de algún modo con todo esto que estaba viendo en el Instituto Van Halen. ¿Por qué ella llevaba unos días pensando en ir a nosotros con el asunto, por qué Travis estaba preocupado hacía dos días, y por qué el tipo que mató a mi socio raptó primero a Sharon a la puerta del colegio femenino?

Todo aquello no era casual. Yo no creo en esas casualidades, la verdad. Había algo, un nexo oculto entre todo ello. ¿Sabía Travis de antemano que la señorita Goodrich iba a llevarnos el caso? ¿Supo alguien que iba a ser así y optó por deshacerse de Travis por miedo a que mi veterano socio descubriese la verdad de los oscuros sucesos de aquella mansión de Santa Mónica dedicada a jóvenes sin familia ni medios económicos? Las cosas no tenían mucho sentido, pero...

Aparté de mí todas esas ideas para responder a la señorita Goodrich de alguna forma:

—Creo que aceptaré el caso —dije de repente—. Me interesa en principio, la verdad.

—Eso es muy tranquilizador para mí —confesó ella con aparente alivio—. Dígame sus honorarios iniciales, señor Malone.

—La tarifa habitual en la firma es de cien dólares diarios y doscientos cincuenta para los gastos de la primera semana. ¿Le parece bien?

Ella no dijo nada. Fue a su mesa despacho, sacó un talonario y extendió uno tras un breve cálculo mental. Firmó y me lo entregó.

Miré la cifra.

—Mil quinientos dólares —dije.

—Eso es. Diez días de salario y dos semanas para gastos. Si la cosa se prolonga le abonaré el resto. ¿Conforme?

—Desde luego —doblé cuidadosamente el cheque y lo guardé en mi billetero—. Le advierto que lo que descubra puede ser peor de lo que imagina. Tal vez no le guste la solución del caso.

—Eso importa poco —cortó ella decidida—. No quiero sentir la amenaza de un loco sobre nosotros. Si hay un psicópata sexual que disfruta asustando a las chicas y matando luego a alguna de ellas, quiero saber quién es y verle entre rejas.

—Especialmente si es su desagradable vecino el señor Beebe, ¿no es cierto? —Sonreí burlón—. Pero podría suceder que no fuera él responsable de nada.

—Es igual. Sea quien sea. No crea que tengo animosidad especial contra ese hombre. Me desagrada profundamente y me gustaría que dejara de ser vecino nuestro, pero eso no significa que haya de considerarle forzosamente el criminal. Ahora ya ha visto que mis sospechas son ciertas. Una mano enloquecida sigue aterrorizando a las chicas. Por fortuna, ellas ignoran aún qué significa esa frase porque nada saben de las hojas escritas que encontré en los pupitres de Ginger y de Joyce, pero el horrible dibujo que acompaña esta vez a la frase amenazadora resulta particularmente elocuente incluso para ellas. Me temo que empiezan a estar asustadas.

—Sí, eso me ha parecido notar cuando Sharon habló de esa página y pudieron verla todas ellas —asentí preocupado, caminando hacia la salida—. Voy a ocuparme del caso inmediatamente, señorita Goodrich.

—Se lo agradeceré profundamente, señor Malone —me tendió su mano—. Gracias por todo. ¿Qué es lo primero que piensa hacer? ¿Tiene algo planeado?

—Sí —asentí parándome en la puerta un momento y estudiando por última vez su esbelta y elegante figura, llena de atractivo femenino—. Voy a ver a esa persona que tanto le molesta, al que fue famoso actor Morgan Beebe.

Era como entrar en el túnel del tiempo.

Paredes con afiches de películas pasadas, fotografías de filmes

antiguos, grandes efigies enmarcadas con actores y actrices fallecidos u olvidados, y entre todo ello una gran abundancia de imágenes del otrora atractivo y famoso Morgan Beebe, contemporáneo de Rock Hudson, de Janet Leigh, de Alan Ladd, de Marilyn Monroe o de Robert Mitchum y Burt Lancaster. No es que fuesen de tiempos del cine mudo o de los años treinta, pero eran de otra época, y la mayoría de ellos, si sobrevivían, se limitaban a aparecer en televisión arrastrando su decadencia en series de la pequeña pantalla.

Morgan Beebe era uno de esos espectros de un pasado reciente, pero pasado a fin de cuentas. A sus casi cincuenta años bien llevados, podía engañar en la televisión, pero no al natural. Cuando le vi ante mí, aún parecía más viejo de lo que era.

—¿Señor Malone? —me saludó, estrechando fríamente mi mano tras echar una ojeada a mi tarjeta de visita—. Pase. ¿A qué debo el honor de su visita?

Le seguí al interior de su casa, un *bungalow* de una sola planta, propio de la zona residencial de Santa Mónica, Bel Air o Beverly Hills. Su cortesía era tan rutinaria como poco cálida. En una sala, alguien estaba contemplando en la pantalla de un televisor un vídeo de un antiguo filme de Morgan Beebe, llamado «El Centauro del Oeste» o cosa parecida. Sus imágenes en color brillante me recordaron viejos tiempos, cuando yo aún no me dedicaba a estas tareas de investigador privado y me imaginaba que podía ser un día un nuevo Bogart o un flamante Kirk Douglas de nuevo cuño.

La persona que asistía a la exhibición de aquel vídeo era una mujer, pero lo disimulaba todo lo posible, eso sí. Vestía de hombre, pantalón, chaqueta y corbata, camisa varonil, pelo corto, y zapatos como los míos. Incluso tenía una sombra de bigote sobre los labios delgados. Era fornida y hombruna. Se limitó a mirarme sin moverse del asiento, como si realmente la película de Beebe la entusiasmara, aunque tenía cara de aburrida.

—Es un detective privado, Vera —explicó Beebe—. El señor Malone. Ella es Vera Lamont, guionista de cine. Una gran amiga y colaboradora. Suyo era el guion de la película que estamos viendo ahora.

—Celebro conocerla —dije, por decir algo.

Ella agitó una mano maciza como la de un boxeador, con uñas

cortas y sin manicurar.

—Hola, amigo —dijo con voz bronca, parecida a la de Lee Marvin—. Entonces hacíamos cine, no ahora. Vea esto: acción pura, cine cien por cien. Sin pornografía ni violencia.

Vi pasar unas imágenes de hombres a caballo junto a una diligencia, que me parecieron idénticas a tantas otras de mil películas del Oeste. Desentendiéndome del vídeo, me dirigí a Beebe. Se mantenía muy bien de figura, alto y musculoso, esbelto y firme, pero su cara era una pura arruga. Tenía el vicio marcado en los ojos y en las comisuras de sus labios, igual que si fuese el retrato de Dorian Grey en carne viva.

—¿Es cierto que le gusta a usted molestar a jovencitas y no tan jóvenes, señor Beebe? —le pregunté sin demasiados rodeos.

Enrojeció violentamente, como si no esperase tal andanada. Me miró con ojos encendidos, respiró hondo y pareció dominarse con alguna dificultad.

—Eso es una grosería, señor Malone —me espetó tajante.

—No, es sólo una pregunta. Hay una vecina suya que ha sufrido sus atenciones recientemente. Sospecha que también sus alumnas pueden haber sido molestadas.

—¡Esa mujer! —La indignación asomó a su rugosa cara—. Seguro que habla de la señorita Goodrich, de esa maldita casa vecina, el supuesto colegio de señoritas...

—¿Supuesto? —indagué, sorprendido—. ¿Por qué dice eso, señor Beebe? Es una institución privada dedicada a la enseñanza de adolescentes...

—Oh, de eso no cabe la menor duda —se mofó abiertamente, mirándome sarcástico—. La enseñanza, claro. Pero enseñanza, ¿de qué? ¿Sabe cómo la llamamos todos en la vecindad? «Casita de muñecas». Y tenemos nuestras razones para ello. De modo que no vaya a hacerse ahora la estrecha la señorita Goodrich. Cuando el otro día la acaricié, fue porque ella se rozó descaradamente conmigo. Es una zorra con aires de gran dama, eso es todo.

—Esa acusación suya es muy grave, señor Beebe. ¿Por qué llaman «Casita de muñecas» al Instituto Van Halen?

—¿Es que no lo imagina? —soltó una agria carcajada y se volvió hacia su compañera, que seguía absorta contemplando las rutinarias imágenes del vídeo—. Vamos, Vera, díselo.

—¿Decirle? ¿Qué? —La otra salió de su abstracción, mirándonos ausente.

—Lo de ese instituto vecino, la «Casita de Muñecas». Al señor Malone le han denunciado presuntos abusos míos deshonestos.

La mujer hombruna soltó una carcajada estruendosa. Me sentí aturdido. Ella habló al fin, chascando sus dedos ruidosamente, como un hombre tosco:

—No diga tonterías, amigo. Yo misma he ido varias noches a ese colegio. Y le aseguro que no iba a recibir clases nocturnas. Simplemente, me gustan las adolescentes, las menores de edad. Supongo que se habrá dado cuenta de que soy lesbiana, ¿no?

—Claro —asentí, algo embarazado—. Ha dicho que va por las noches al instituto...

—¡Instituto! —volvió a reír desagradablemente—. Morgan, cuéntale tú, a mí me da risa hacerlo...

—¿Es que no se da cuenta, señor Malone? Vera quiere decirle que esas chicas no son lo que parecen. Allí sólo aprenden un oficio: la prostitución. Es una casa de citas reservada para clientes que gustan de menores de edad. Y le aseguro que mucha gente importante de esta ciudad visita esa casa por las noches, en busca de placer...

Las cosas son así a veces.

Pensaba en ello mientras fumaba un cigarrillo, encogido en el interior de mi coche, a tres manzanas del Instituto Van Halen, con unos potentes prismáticos en mis manos.

Uno presumiendo de estar de vuelta de todo, curtido contra toda clase de avatares, y de repente descubre qué es una especie de niño imbécil o de hermanita de la caridad que no sabe nada de nada ni ve más allá de sus narices.

Todo estaba diáfananamente claro en mi visita a la residencia femenina: muchachas menores de edad pero considerablemente desarrolladas, misteriosas lecciones para aprender un oficio antes de los dieciocho años, malicia y cierto hermetismo en las alumnas y aparente respetabilidad en las maestras...

Una perfecta fachada para un negocio tan miserable como saneado: la explotación de menores, la prostitución de adolescentes. Un peligroso juego al margen de la ley, tolerado sin duda por muchos prohombres de la ciudad que disfrutaban de los placeres de

aquellas muchachitos dulces y aniñadas a tanto la hora. Era como para no creer ya ni en la paz de los sepulcros, maldita sea.

De modo que Sharon, la dulce Sharon de los grandes ojos azules, raptada por un asqueroso matón, era también una de ellas. Una prostituta precoz al servicio de una organización bien montada. Era para tirarse de los pelos por imbécil.

—¿Y yo soy un detective privado? —Me irrité conmigo mismo—. Estoy hecho un buen tipo. Travis estaría carcajeándose de mí ahora mismo.

Travis... Pensé si él no sabía ya algo de todo aquel enredo. Pero si querían mantener callado su feo negocio, ¿por qué Leslie Goodrich se había decidido a contratarme para investigar dos presuntos crímenes? Podía descubrirse todo fácilmente, y eso no parecía importarle demasiado. Tal vez estaba demasiado asustada y temía mucho más al presunto asesino que escribía aquella frase en los cuadernos de sus «chicas» que a la acción de la Ley contra su saneado montaje.

—¿Sabrá el asesino lo que ocurre ahí dentro realmente, y de ahí su término de «muñeca» dirigido a cada una de sus víctimas? —me pregunté—. Puede ser una especie de destripador, un tipo que odia visceralmente a las prostitutas, aunque estas sean adolescentes...

No podía hacer otra cosa que cábalas y suposiciones mientras transcurría la noche y en torno a la finca de Van Halen todo transcurría normalmente, sin que por el momento la doble acusación del actor Beebe y la escritora lesbiana pareciera confirmarse en lo más mínimo.

Hasta bien entrada la madrugada no se detuvo ningún coche en las proximidades de la amplia verja enrejada. Cuando un automóvil de color guinda pasó dos veces por el lugar a velocidad reducida, comencé a sospechar. A la tercera vez, estaba ya seguro de que algo se preparaba.

Y así fue. Inesperadamente, dobló al llegar ante la puerta enrejada, ésta se abrió silenciosamente, y el vehículo penetró en la finca. Con mis prismáticos enfoqué su placa de matrícula y la anoté en mi agenda sin perder tiempo. Seguí a la expectativa tras consultar la esfera luminosa de mi reloj digital. Eran exactamente la una y veinte minutos de la mañana. Demasiado tarde para una posible inspección escolar, me dije con sarcasmo.

A las dos y diez llegó otro automóvil. Éste era oscuro, un modelo largo y ostentoso. Pasó igualmente al interior, tras dos desfiles ante la fachada principal. Empecé a estar seguro de que Morgan Beebe y la escritora de guiones Vera Lamont no mentían.

Era la hora de actuar, pensé. Abandoné mi propio coche y avancé hacia la verja. La rodeé, preguntándome cuál sería el punto más accesible. Si un maníaco lograba introducirse allí para amenazar o matar a adolescentes aprendizas de ramerías, ¿por qué no podía hacerlo yo a mis treinta y tantos años bien llevados?

Dicho y hecho. Hice la prueba y no resultó demasiado trabajoso. Pero al alcanzar la parte alta de la verja, oí ladridos allá fuera. Recordé las palabras de Leslie Goodrich. Dejaban sueltos a los perros durante la noche.

Les vi moverse en la oscuridad, ladrando furiosamente en dirección a mí. Desde la puerta, la voz del viejo portero, Ken Jeffreys, les llamó la atención ásperamente.

En ese momento, el azar jugó a mi favor. Un gato saltó de un cercano edificio, y penetró en el jardín. Los perros partieron raudos tras él, armando un buen jaleo, al que se unieron los maullidos airados del felino. El portero se calmó al oír todo eso, y yo salté al jardín en sombras, moviéndome rápido hacia la edificación colonial.

Después de todo, no era tan difícil entrar allí. Un merodeador podía hacerlo sin problemas, y más si era de día, sin la vigilancia de los mastines. Claro que el intento sería más arriesgado a plena luz, pero una persona experta podía salvar esas dificultades según el lugar que eligiera para escalar la cerca.

Penetré en la casa por la ventana de un bajo. Un oscuro sótano me condujo a una escalera en sombras, al final de la cual había una puerta metálica. No estaba cerrada, lo cual era una clara imprudencia, dada la situación. Salí a un corredor alumbrado débilmente por unas lámparas de pantalla ocre. Miré a ambos lados. En alguna parte se escuchaba rumor de voces, pero eso era todo.

Avancé por el pasillo hasta detenerme junto a una puerta. Detrás de ella oí una voz varonil cuyas palabras no pude entender. Respondió una risa femenina y una voz suave, de clara vocalización:

—Vamos, vamos, querido, todavía sé más cosas para hacerte

gozar... Así, así, no te muevas... —Unos jadeos salpicaron sus palabras—. ¿Te gusta, amor?

La voz de hombre musitó algo roncamente. Parecía muy feliz. Mi imaginación trabajó con rapidez tratando de deducir lo que sucedía allá atrás. No era nada difícil, la verdad. Y a juzgar por la respuesta masculina, la «alumna» de estar obteniendo todo un aprobado en la materia...

Me dispuse a intervenir, empezando a desenmascarar toda la basura escondida en aquel lugar aparentemente honorable y decente. Me incorporé, puse mi mano en el tirador de la puerta... y entonces tuve la sensación de que había alguien a mis espaldas.

Me volví. Es decir, intenté volverme. No me dejaron.

Algo se estrelló contra mi cráneo. Sentí como si éste reventara en pedazos, los ojos se me llenaron de luces parpadeantes, el suelo vino a mi encuentro, y todo terminó para mí.

CAPÍTULO V

—Tiene la cabeza dura, afortunadamente. ¿Está ya mejor, Malone?

Maldita sea, yo pensaba que no. Pero al menos estaba vivo. Levantar la cabeza y centrar mi mirada me costó una serie de esfuerzos, mareos y vértigos. Pero al fin lo logré y vi ante mí un rostro femenino, algo inquieto, pero grave y amenazador a la vez.

Cuando me hube despejado del todo, reconocí aquel rostro. Era el ovalado y suave de la señorita Goodrich, con una expresión ominosa en sus ojos pardos, siempre protegidos por los espejeantes vidrios de sus gafas. Estaba envuelta en una bata color granate oscuro. Y empuñaba una pequeña pistola de calibre 22 con la que me encañonaba sin contemplaciones.

—Pude haberle matado —dijo fríamente—. Pensábamos que era el merodeador, el autor de esos mensajes anónimos.

—Lo supongo —torcí el gesto y me toqué la nuca. Tenía el cabello mojado en algo espeso y frío. No era difícil imaginar de qué se trataba—. ¿Me pegó usted acaso?

—No. Lo hizo el señor Van Halen. Ha regresado esta noche.

Giré la cabeza a un lado. Un hombre fornido, de edad avanzada, pelo blanco rizado y rostro cuadrado, me miraba pensativo, con cara de pocos amigos. Recordé haberle visto alguna vez en los diarios. Era el propio Seldon Van Halen, un conocido industrial de Los Ángeles. El mecenas del Instituto, según Leslie Goodrich.

—Estaba escuchando tras una puerta —explicó con calma el industrial—. Es una fea costumbre, Malone. Luego me dijo la señorita Goodrich que trabaja para nosotros. Es un modo raro de hacerlo, ¿no cree?

—No me gusta que me engañen. Esto no es un colegio, sino un lupanar de lujo, una casa de prostitución para menores de edad. Algo muy serio, un delito gravísimo, ustedes lo saben.

—Debí decírselo desde un principio —suspiró la Goodrich con toda naturalidad—. Sí, tiene razón. Esto es lo que usted dice, Malone. Pero no le contraté para que lo descubriera y fuese con el cuento a la policía.

—¿Qué espera que haga? No le debo lealtad en eso, usted me engañó. ¡Instituto cultural y demás zarandajas! Sus alumnas serán muy aventajadas, pero en otras cosas.

—Si piensa ir a la policía con lo que sabe, perderá el tiempo —terció suavemente Van Halen—. Nadie va a creerle. Nuestros clientes son demasiado importantes. Hay en ellos políticos, financieros... e incluso policías. Policías de alta graduación, muy por encima de posibles amigos suyos. Esto no interesa que se descubra. Y no se descubrirá. ¿Es qué es usted un moralista, Malone?

—No, pero no me gusta que se abuse de menores de edad.

—Nadie abusa de ellas —rió Leslie Goodrich—. Saben bien lo que hacen. Vinieron a Los Ángeles a hacer dinero. Nadie lo hace honradamente. O triunfa en el cine, o en otra actividad. Ambas son iguales: también las *starlets* y actrices se prostituyen para triunfar. Esta ciudad es así, Malone. No sirve de nada ser un ángel.

—Su sentido de la moralidad me asombra —dije con ironía—. Todavía resultará que sus alumnas son auténticas vírgenes impolutas.

—No. Son sólo mujeres precoces. Muchas de ellas tienen un cuerpo y una mente de mujeres de veinticinco años. Sólo que la edad es un freno legal para sus deseadas actividades. Aquí se las protege hasta la mayoría de edad, en que pueden ya valerse por sí solas, eso es todo.

—Sus excusas no justifican algo rotundo: se quebranta la ley. Una ley que protege a los menores de cosas como la prostitución, el proxenetismo y la trata de blancas, señorita Goodrich —dije secamente.

—Ya salió de nuevo el moralista —suspiró Van Halen, resignado—. Escuche, Malone, si esto no le gusta puede largarse y dejar el caso. Creo que es mucho peor asesinar a chicas indefensas que permitir que estas sigan sus impulsos y se ganen la vida como les gusta hacerlo. Pese a quién pese, se trafica con menores en muchos sentidos, empezando por las filmaciones pornográficas, las

publicaciones de igual tipo y el comercio de niños homosexuales en las calles de la ciudad. ¿Olvida todo eso su severa moralidad decimonónica, Malone?

—Yo no olvido nada. Pero tan culpables son ustedes como todos esos otros. Este asunto no me gusta nada, la verdad. No quiero que el día que les procesen yo sea juzgado como encubridor. Me largo de aquí. Le daré su cheque, señorita Goodrich, y adiós muy buenas.

—De modo que renuncia a trabajar para mí. ¿No le importa la suerte de esas chicas a manos de ese sádico homicida?

—Cierre el negocio y las salvará de dificultades futuras —aconsejé, poniéndome en pie vacilante, apoyado en la pared—. Es lo más sensato que puede hacer, créame.

—Espere, Malone. Todo hombre tiene un precio en la vida. Le puedo pagar diez mil dólares ahora y otros diez mil cada semana durante todo el año, por trabajar para mí y callar lo que sabe.

—Pierde su tiempo. No me vendo. No va a sobornarme. Me voy, eso es todo. No iré a contar nada a la policía, en parte porque aún es mi cliente y en parte porque sé que sería inútil.

—Por completo —rió Van Halen—. El jefe de policía local, Mortimer Warren, es un cliente asiduo de esta casa, Malone. Y también el Comisionado de Seguridad Ciudadana.

—Cielos, todo está podrido en Los Ángeles —rezongué—. Esta ciudad apesta.

Le tendió el cheque a Leslie Goodrich, que lo tomó con gesto de disgusto. Luego, inesperadamente, dije algo más:

—Quiero a Sharon Rawlins.

—¿Qué? —Pestañeó la directora, mirándome con asombro.

—He dicho que quiero a Sharon —insistí—. Es mi precio por callar.

Ambos se miraron, estupefactos. No esperaban aquello. Me miraron después, sin saber qué hacer.

—Eso, suponiendo que ella quiera salir de aquí —apuntó la mujer, cautelosa.

—Seguro que querrá —afirmé—. ¿Por qué no se lo pregunta delante de mí?

—Espere. Lo haré —dijo secamente. Fue a la escalera y asomó, llamando—: ¡Sharon, ven aquí, pronto!

Esperamos. Me miraban como a un bicho raro. Yo me

preguntaba por qué diablos hacía aquello. Pero nadie dijo nada hasta que Sharon apareció en la escalera. Llevaba encima de su cuerpo desnudo una bata de algodón azul. Por la abertura se vislumbraba la firmeza pétrea de sus pequeños pechos.

—Sharon, el señor Malone lo sabe todo sobre esta casa —dijo Leslie sin rodeos—. Todo, ¿entiendes?

—Claro —asintió la muchacha. Me miró con ojos chispeantes—. Sabía que no tardaría en averiguarlo. Es muy listo, ¿verdad?

—¿De qué os conocíais los dos? —quiso saber Van Halen.

—Eso no importa ahora —respondió la muchacha con desenvoltura. Me miraba fijamente—. Rick y yo somos amigos, eso es todo.

—Rick Malone quiere llevarte con él. Es su precio para callar lo que sabe —le indicó Leslie con frialdad—. ¿Qué dices a eso?

Sus ojos brillaron, azules y grandes como dos lagos. Me miró incrédula. Luego corrió a mí, saltó a mis brazos y aprobó entusiasmada:

—¡Qué alegría, Rick! Gracias por pedirme eso. Claro que quiero ir contigo. Estaré mejor que en esta casa, aceptando clientes que me repugnan.

—Creí que ellas hacían lo que les gustaba —insinué sardónico mirando a Leslie y a Van Halen.

—Ella quería dinero fácil —me replicó duramente la directora—. Le ofrecimos la ocasión y la aceptó, eso es todo. Si ahora le gusta más irse con usted, es cosa suya. No está aquí prisionera, puede elegir su camino. Pero que ella cargue con su propia responsabilidad y las consecuencias de su decisión.

—Está decidido —afirmó Sharon radiante, colgándose de mi brazo—. Me voy con Rick.

—Muy bien —habló ahora con frialdad Van Halen—. Recuerda el convenio que tenemos suscrito. No hables a nadie de esto, Sharon. Podrías involucrarte tú misma e ir a parar a un reformatorio hasta la mayoría de edad. Es mejor para todos permanecer callados.

—Descuide no soy una soplona. Tengo buenas amigas aquí. No quiero verlas en manos de la policía. Pero tampoco me gustaría verlas muertas.

—¿De modo que lo sabes? —Se inquietó Leslie—. ¿Sabías lo que

sospechamos?

—Estaba muy claro. Hoy sólo bastó ese mensaje en mi dormitorio. Hay un loco que no nos quiere, algún obseso sexual muy peligroso. Es una de las razones que me asustan, señorita Goodrich. Por eso me voy a gusto con Rick. Tengo miedo por mí y por mis compañeras.

—Ya lo oye, Malone. ¿Cree que es justo que las abandone a ellas?

—Ya le dije lo que debe hacer: cerrar su negocio, al menos por un tiempo. No le dé oportunidades a ese loco, envíe a las chicas fuera por unos días o unas semanas, su negocio no se resentirá demasiado.

—Tal vez lo hagamos —admitió Van Halen de mala gana—. Bien, buenas noches, Malone. Adiós, Sharon. Y ojalá hayas acertado en tu elección.

—Rick me protegerá, no lo duden —aseguró ella risueñamente—. Enseguida tengo preparado mi equipaje, Rick. No tardo nada.

Subió a todo correr a recoger sus cosas. Me quedé pensativo, encendiendo un cigarrillo con lentitud. Leslie me contempló con evidente rencor.

—Se ha salido con la suya, ¿eh, Malone? —Silabeó disgustada—. ¿Cómo conoció a Sharon? ¿Acaso anoche, cuando ella contó esa ridícula historia...?

—Algo hay de cierto en eso —admití encogiéndome de hombros—. Dígame, señorita Goodrich, ¿alguien de ustedes sabe algo sobre Travis Talbot, mi socio difunto?

Ella y Van Halen cambiaron una mirada. Parecían saber tanto de él como de Gengis Khan. Negaron con la cabeza al unísono.

—No —rechazó ella—. Nada, salvo lo que usted me contó.

—Yo tampoco —corroboró Van Halen.

—Pero usted pensó en encomendarme a mí y a mi socio este caso. ¿Cómo se le ocurrió precisamente nuestra firma?

—Muy sencillo: leí su nombre en un anuncio de los diarios. Nadie me habló de ustedes precisamente.

—Ya. ¿Se lo contó a alguien?

—Sólo al señor Van Halen —recordó ella, mordiéndose el labio inferior—. ¿Por qué pregunta eso?

—Sospecho que las muertes de sus chicas y la de mi socio tienen

alguna relación. Su asesino raptó anoche a Sharon, ésa es la verdad. Yo la rescaté de él. Ahora, su raptor está muerto. Pero también mi socio.

—Dios mío, no podía ni imaginar tal cosa. Pero ahora que lo menciona...

—¿Sí? —La miré con fijeza, expectante—. ¿Qué quiere decirme, señorita Goodrich?

—No, no sé si tendrá importancia, pero yo, personalmente, no vi ese anuncio en el diario. Me lo mostró una de las chicas. La única que yo creía que sospechaba algo de lo sucedido con Ginger y Joyce.

—¿Qué chica, exactamente?

—Esa muchacha morenita, Zena Mason... Ya la conoció esta mañana al llegar...

Asentí. En ese momento, un alarido agudo llegó desde arriba. Todos miramos hacia la escalera, sobrecogidos. La voz de Sharon nos llegó nítida:

—¡Socorro, Dios mío, socorro! ¡Es horrible, es horrible...!

Llegó escaleras abajo, precipitadamente, dando casi saltos por los peldaños, lívida, demudada, los ojos dilatados, reflejando un horror sin límites. Me anticipé a Leslie Van Halen y corrí a su encuentro. Se lanzó en mis brazos, estallando en sollozos, señalando hacia arriba con gesto desesperado.

—¡Sharon! ¿Qué ocurre? —pregunté—. ¡Cálmate, por amor de Dios, y dime qué sucede!

—Arriba, Rick... —gimió con voz rota—. Arriba... ¡Es espantoso! Zena, pobre Zena, Dios santo...

Despavoridos, cambiamos todos una mirada. Dejé a Sharon en brazos de Leslie y corrí como una exhalación escaleras arriba. Me siguió Van Halen con la pistola de la señorita Goodrich en su mano por lo que pudiera suceder. Se oían puertas abriéndose, y casi tropecé de bruces con Jane, la chica de los grandes pechos. Tras golpear en su poderoso torso, pude llegar a una puerta abierta, asomé dentro... y la vi.

Zena estaba allí. Colgada de una soga que pendía de una viga del techo, con un palmo de lengua fuera, el rostro amoratado en un gesto convulso de agonía, los ojos desorbitados... Un taburete caído a sus pies, hacía pensar en un posible suicidio. Era obvio que estaba

muerta.

Clavé mis ojos en el espejo de su tocador. Con lápiz labial, alguien había escrito sobre el vidrio una frase conocida y terrible:

«¡Muere pronto, muñeca!».

Tras de mí, Jane lanzó un grito agudo de horror y comenzó a desplomarse. Llegué justo a tiempo de sujetarla entre mis brazos. Sus gigantescos pechos, duros como peñascos, se apretaron contra mi torso mientras la retenía a duras penas.

Allá, ante mí, en la alcoba, el cuerpo sin vida de Zena Mason se tambaleaba siniestra, lúgubrementemente.

CAPÍTULO VI

El grupo de muchachas era casi patético.

Acurrucadas en la sala, como apretujándose entre sí para darse más confianza y alejar el pánico, contemplaban sobrecogidas la escalera al final de la cual estaban sus dormitorios. Y Zena.

Van Halen, pálido pero sereno, paseaba por la estancia, envuelto en una bata oscura, los blancos cabellos en desorden, con expresión vidriosa en sus ojos, las manos hundidas en los bolsillos.

La más fría y calmada de todos era Leslie Goodrich. Acababa de telefonar a un cierto número informando de lo sucedido. Esperaba acontecimientos. Yo me acerqué a ella, aplasté un cigarrillo a medio consumir en el cenicero e interrogué:

—Ha vuelto a pedir ayuda a los peces gordos de la ciudad, ¿eh?

—Así es, Malone. Hará bien en irse cuanto antes con Sharon — me miró fijamente con sus gélidos ojos pardos—. El jefe de policía Warren enviará aquí a gente de su confianza. Tal vez venga él en persona. Este asunto será un simple suicidio en versión oficial.

—Pero usted sabe que no lo es —observé.

—Claro que no lo es. Se lo dije. Hay un asesino en esta vecindad. Ha matado ya a tres de mis chicas. Zena era una chica sensitiva y emocional, pero en absoluto una suicida. Amaba la vida. A veces creo, incluso, que demasiado. La vi temblar de miedo, de horror a la muerte, cuando sus compañeras Ginger y Joyce murieron.

—¿Y ahora qué piensa usted hacer?

—No lo sé, Malone. Espero a ver qué decide Warren. Tal vez cerremos esto un tiempo, no sé. Se ha convertido en un lugar demasiado peligroso.

—Sí, su casita de muñecas no es precisamente un paraíso — comenté con ironía moviendo la cabeza. Me volví. Sharon estaba ya preparada para salir. Sólo llevaba consigo un pequeño maletín. Una

duda rondó mi cabeza. Pregunté a la Goodrich—: ¿Qué piensa decirle a Warren relativo a la ausencia de Sharon Rawlins?

—No tengo ni idea. Tal vez la verdad. O que se volvió con su familia, asustada. Si él viene, no la dejaría ir. Y a usted le podría complicar la vida. Warren es un tipo muy duro.

—Lo imagino. Especialmente si se pueden descubrir la clase de negocios que encubre en esta ciudad. Lo mejor será marcharnos cuanto antes. Buenas noches a todos.

—Adiós, Malone. Lamento que su trabajo para mi haya terminado así.

—Yo también, señorita Goodrich. Si me hubiera contado la verdad desde un principio, sería diferente. No soy un puritano, pero hay cosas que no me gustan. Y la explotación de menores de edad es una de ellas, especialmente si se encubre con fines caritativos.

Van Halen me miró ceñudo, pero acabó eludiendo mi mirada. Tomé a Sharon del brazo y nos encaminamos a la salida. La chiquilla parecía ir camino de su liberación, a juzgar por el gesto que ponía. Sentí cómo apretaba su cuerpecito contra mí.

Poco después nos alejábamos en mi coche hacia el centro. Nos cruzamos con dos sospechosos coches oscuros que pasaron rápidamente hacia la «casita de muñecas». Seguí sus luces traseras por el retrovisor.

—Ahí debe ir Warren con sus compinches —gruñí—. Buena está la policía local, muñeca.

—Por Dios, no me llames así —gimió Sharon acurrucándose en el asiento a mi lado—. Es una palabra que empiezo a aborrecer.

—Lo siento. Yo lo digo en otro sentido. Tal vez he visto demasiadas películas de Bogart. Ese loco que extermina muchachitas la utiliza de otro modo.

—Lo sé. Para todos, el Instituto es la casita de muñecas. Y nosotras sus ocupantes. Pero ese sádico enloquecido parece considerarnos auténticas marionetas para irnos descabezando una a una en un juego espantoso.

La miré pensativo, asintiendo. Su imagen me había impresionado.

—Eso suena muy parecido a lo que yo pienso —le dije—. Es un maníaco homicida jugando como un niño cruel que rompe los juguetes a una niña. Sólo que vosotras no sois juguetes, salvo para

Van Halen y Leslie Goodrich.

—En el fondo ellos no son tan culpables —objetó Sharon mirándome—. Muchas de nosotras seguimos su juego voluntariamente. Nos gusta tener dinero. El cine y la leyenda dorada de Hollywood no son tan fáciles de alcanzar. Y nos aferramos a cualquier cosa. Somos mujeres, pese a que la Ley no nos reconozca eso por la edad. El mundo anda aún algo atrasado. Y si deseas lujos y dinero, sólo hay un camino cuando eres agraciada, desengañémonos.

—Tus palabras suenan muy cínicas para ser pronunciadas por una chica que cumplirá dieciséis años dentro de dos semanas —me quejé.

—Pero es la verdad, Rick —rodeó mi brazo con el suyo, y me miró dulcemente—. No somos niñas, ni vírgenes ni ángeles. Sólo mujeres. Hacemos lo mismo que otras con dos o tres años más que nosotras. Si no quisiéramos, no nos podrían forzar, no estábamos secuestradas ni obligadas en el Instituto.

—Menos mal que eres sincera —suspiré—. ¿A ti te gustaba eso?

—Al principio tenía su emoción. Morbo, supongo —rió entre dientes, y sentí sus pechitos durísimos apretándose a mi costado—. Luego empezó a aburrirme. Pero los hombres me gustan. Me gustan mucho. Tú, sobre todo.

—Dejemos eso ahora —dije, molesto por su audacia—. Háblame de tus compañeras. Me gustaría ver claro todo esto aunque ya no trabaje para la señorita Goodrich. Tengo mis sospechas de que aquel matón que te raptó y asesinó a mi socio, estaba relacionado de alguna forma con esos crímenes.

—¿Por qué piensas tal cosa? —Se estremeció, sin quitarme los ojos de encima.

—No lo sé. Es una corazonada. Zena indicó a la señorita Goodrich el nombre de nuestra agencia de detectives. Dijo que lo había leído en un anuncio de la prensa. Ahora Zena está muerta, como las otras dos chicas. Creo que mi socio sabía algo antes de venir a verme vuestra directora.

—¿Y por qué te lo ocultó?

—Eso me gustaría saberlo. No teníamos secretos uno con el otro. Debe existir una razón personal para ello. Travis me ocultó que iba a ocuparse de un caso de posible asesinato y comenzó a investigar.

Me pregunto si fue la propia Zena quien le llamó previamente para hablarle del asunto, o si la señorita Goodrich miente y habló con él antes de hacerlo conmigo, y ahora lo niega. Sea como sea, todo esto tiene un nexo. Lo confirma el hecho de que Kowalsky te raptara a ti. Al margen de que pudiera desearte y abusar de ti tras su crimen, debía existir otra razón para elegirte precisamente a ti, en las cercanías del Instituto.

—¿Supones que pensaba asesinarme, como a las demás? —se alarmó Sharon, mirándome con sus hermosos ojos azules, de niña ingenua, muy abiertos.

—Es una posibilidad. Pero ¿por qué usar a un matón a sueldo y no hacerlo el propio criminal, como hasta entonces, como ahora mismo? Los psicópatas no acostumbran a recurrir a pistoleros profesionales para hacer su trabajo. Disfrutaban realizándolo ellos mismos.

—Me asustas, Rick —musitó ella, frotándose conmigo como una gatita en celo, cosa que sin remedio me ponía nervioso, entre otras cosas porque soy un hombre, aún tengo vitalidad y ella era una muñequita de dieciséis años, llena de sensualidad.

—No hay por qué ya. Te llevo conmigo para evitar que te ocurra como a las otras. Recuerda que también a ti te dejaron ese horrible mensaje en la alcoba.

—Es cierto. ¿Crees que tenía pensado ese monstruo asesinarme a mí también?

—Creo que piensa matar a todas. Tal vez odia la prostitución o se siente un ángel exterminador del vicio y la corrupción. Hay casos así en esa clase de gente.

—¿Adónde me llevas ahora? —preguntó Sharon tras un largo silencio, conduciendo mi coche a través de la noche oscura y cálida sin demasiadas prisas.

—A mi casa —dije simplemente.

—¡Qué bien! —Palmoteo ella, radiante—. ¿Podré acostarme contigo?

La miré, ceñudo. Tenía sus carnosos labios entreabiertos. Me mostró por ellos la puntita de su lengua y se relamió como si fuese un felino travieso. Aquella endiablada criatura rezumaba sexo por todo su ser. Y ella lo sabía, qué demonios.

—No —negué, rotundo.

—Por favor... —suplicó—. Seremos muy felices los dos.

—¡No! —corté, tajante.

Se enfurruñó, acurrucándose en el asiento, lejos de mí, y no volvió a despegar los labios mientras rodábamos por el centro de la ciudad.

Mientras Sharon se duchaba en mi cuarto de aseo, yo telefoneé a un viejo colega y amigo, Ellery Skiles, que tenía una agencia de información. Le pedí datos abundantes sobre Leslie Goodrich, Seldon Van Halen y las chicas del Instituto de Santa Mónica. Pude facilitarle nombres y apellidos de todas ellas, incluida Sharon, y sin olvidar a las tres muñecas muertas. Quedó en ocuparse urgentemente de ello y transmitirme al otro día todos los datos que pudiera reunir. Skiles era un tipo eficaz y confiaba en su trabajo. Colgué, sintiéndome más tranquilo, y esperé a que Sharon volviera de la ducha para ser yo quien aliviara un poco el calor de aquella noche de verano, húmeda y pegajosa, que la proximidad del cuerpo de la muchacha había hecho aún más cálida.

Cuando salí envuelto en mi batín, Sharon estaba tan desnuda como Eva en el Paraíso o *Lady Godiva* en su famoso paseo a caballo. Me dejó sin aliento.

Sin ropas, aquella endiablada chiquilla era una bomba explosiva. Nunca había visto a los dieciséis años semejante carga erótica en un cuerpo femenino. No sólo sus senos me desafiaban, prietos y vibrantes, sino que tenía caderas de suave morbidez, largos muslos, una cintura breve y unos glúteos redondos y durísimos, que vibraban con sus pasos por la moqueta. Me miró, desafiante, cimbreado aquel cuerpo endiablado.

—¿No te gusto, Rick? —preguntó suave, roncamente, entornando los ojos y acariciándose los pechos con lentitud lasciva.

Respiré hondo. Era inútil haberse duchado con agua fría. Me sentía como metido en una sauna. Traté de no mirar, pero volví a encontrarme con ella en un espejo.

—Vamos, cariño, no puedes ser tan insensible a mis encantos —se rió.

—Vístete —la reprendí secamente—. Ahí tienes pijamas míos si no llevas ropa interior, pero tápate esa desnudez, Sharon. No está bien lo que haces.

—¿Por qué no? ¿Has hecho votos de castidad acaso?

—No pongas las cosas tan difíciles —mi voz sonaba ronca, y eso me disgustó—. Es tarde. Hay que dormir.

—Claro —me sonrió burlona—. Vamos a la cama, Rick. Seré una niña dócil.

Me dije que era un idiota por rechazar sus ofrecimientos. Ella no era ya una chiquilla ingenua, pese a su edad. Habían hecho de ella una zorrilla precoz, si es que no lo era ya de por sí antes de caer en manos de Van Halen y su «colegio». Se había vendido a muchos hombres ricos, posiblemente viejos babosos y viciosos muchos de ellos, sólo por dinero. Era una prostituta, aunque pareciera una colegiala.

Sin embargo, tenía mis escrúpulos. Tal vez soy demasiado moralista, pero no quería participar en aquel juego.

—Tu cama está ahí —señalé un cuarto inmediato—. Es un sofá cama muy confortable. Ya te lo he preparado. A mí me gusta dormir solo. Y cuando lo hago acompañado, suelo ser yo quien elige pareja. Casi siempre con más años que tú, desde luego.

—Ya estamos con eso otra vez —pegó en el suelo con su pie descalzo, airada—. Voy a acabar pensando que eres marica, Rick.

—Piensa lo que quieras —gruñí—. Buenas noches, muñ... Buenas noches, Sharon.

Me encerré en mi propio dormitorio para evitar tentaciones. Estaba empapado en sudor, nervioso y excitado. Sabía que si llega a persistir la tentación un minuto más, hubiera cedido. Aquella muchacha era dinamita pura.

Al día siguiente me despertó el teléfono, sonando con insistencia furibunda. Sharon gritó desde el *living*:

—¡Rick, es para ti! ¡Están llamándote!

Salté de la cama, recordando que no estaba solo en casa. Me envolví en mi bata y corrí al teléfono. Sharon estaba apoyada en el quicio de la puerta de su improvisado dormitorio. La maldita chiquilla estaba desnuda como la noche anterior.

Descolgué. Era Leslie Goodrich. Su voz fría, dominadora, me informó escueta:

—Es mejor que se apresure, Malone. Warren sabe lo de Sharon y no le ha gustado. Tampoco le gusta que usted ande metido en esto. Le quiere meter en un lío. Hará bien en deshacerse de la chica, si sigue a su lado. La conozco bien e imagino que no habrá dormido

usted solo, pero ahora es el momento de hacerla salir de ahí. Unos policías van camino de su casa para empapelarle en un posible caso de corrupción de menores.

—Gracias por el aviso. Usted conoce a su pupila, pero no me conoce a mí. He dormido sólo toda la noche, señorita Goodrich.

—Vaya, le felicito. Debe ser usted un hombre de una terrible fuerza de voluntad —parecía haber ironía en su tono—. Apresúrese a hacer lo que le dije, no quiero verle metido en líos. Pese a que ya no trabaje para mí, me cae usted bien.

—Gracias. Actuaré de inmediato. ¿Qué ha decidido usted?

—Cerrar el instituto por un tiempo. Me ausento de Los Ángeles. Y Van Halen también. Es un buen consejo del jefe Warren.

—Entiendo. Las cosas se han puesto feas, ¿no?

—Bastante, sí. Se ha comprobado que ahorcaron a Zena por la fuerza. Esta vez es un asesinato, sin lugar a dudas. La golpearon antes en la cabeza con algo pesado, y luego la colgaron de la viga.

—Lo imaginaba. De todos modos, trabajo en su caso, señorita Goodrich. No por usted ni por sus muñecas, sino por mi viejo socio asesinado. Buenos días, y gracias por el aviso.

Colgué, volviéndome en redondo hacia Sharon. Inasequible al desaliento, la tenía justo tras de mí, pasando sus dedos suavemente por mi espalda. Una de sus manos había rodeado mi cintura peligrosamente. Su desnudez junto a mí me excitaba sin remedio. Pero la situación era apremiante.

—Vístete y vamos a meterte en alguna parte donde no te encuentren —dije—. El jefe Warren quiere deshacerse de mí con una acusación de corrupción de una menor. Podría ir a un presidio por diez años al menos.

—¿Y qué puedo hacer? —gimió ella—. ¿Adónde voy ahora?

—Me temo que sea tarde para abandonar el edificio. Ponte algo y vamos a intentar un truco desesperado.

Y tan desesperado. Tres minutos más tarde, aporreaban la puerta ruidosamente. Un vozarrón que me era conocido interpelló:

—¡Abran, abran a la Ley, pronto! ¡Abran, o echamos la puerta abajo!

Fui a abrir. Me encontré con un viejo conocido, el teniente Jagger, de Homicidios. Le seguían dos hombres malencarados, vestidos de paisano, que apestaban a policías.

—Vaya, qué sorpresa, Drew —saludé jovialmente—. ¿De visita tan temprano?

—Al diablo, Rick, ésta es una visita oficial. Olvida las amistades —me atajó—. Hay una seria sospecha contra ti. Venimos a comprobarla.

—¿De qué crimen se me acusa?

—Corrupción de una menor. Si se confirma, estás perdido, amigo. Es orden directa del jefe. No puedo hacer otra cosa.

—¿Y tú, un oficial de Homicidios, te metes en estas cosas? ¿Desde cuándo tu departamento se ocupa de menores corruptas?

—Menos bromas, Rick —dijo con aspereza haciendo un gesto a sus acompañantes, que penetraron en mi apartamento como el séptimo de Caballería cuando lo hacía en los campamentos indios—. En ese asunto de menores hay un posible homicidio, te lo aviso para tu gobierno. Más vale que no encontremos nada aquí, o te habrás complicado la vida de verdad, muchacho.

—Supongo que tendréis orden judicial de registro...

—Aquí la tienes, enterado —me agitó un papel ante mis narices—. ¿Crees que cuando el jefe da una orden se nos olvidan los pequeños detalles? Vamos, buscad por todas partes, la chica debe estar aquí.

—¿Qué chica? —me interesé, encendiendo un cigarrillo y mirándole burlón.

—Demasiado lo sabes: Sharon Rawlins, quince años. Le falta poco para cumplir dieciséis. Un bomboncito muy peligroso para un hombre de tu edad, Rick. No sabía que te gustaran las niñas. Se la busca como testigo de un crimen. Será mejor que no aparezca aquí. Te iba a costar muy caro.

—¿No podrías echarme tú una mano en ese caso? —sugerí, exhalando humo por mis fosas nasales con toda tranquilidad.

—No —me miró huraño, receloso, como sospechando que allí había gato encerrado para estar yo tan tranquilo—. Esta vez no puedo. El jefe lo lleva personalmente. No le conoces bien.

—Claro que le conozco —reí—. Cuando le veas, pregúntale por la casita de muñecas. Seguro que se va a reír mucho.

—No te entiendo —él mismo comenzó a revisar mi casa, empezando por el cuarto de aseo. Sus esbirros estaban ya en la alcoba de Sharon y pasaron luego a la mía. Uno de ellos olfateó el

aire. Miró a su jefe. Jagger me miró a mí y comentó, seco—: Aquí huele a perfume femenino, Rick.

—Tengo gustos raros en eso de los perfumes —reí—. ¿Es un delito usar colonia de mujer para el baño?

Arrugó el ceño, estuvo a punto de decir algo pero se calló y siguió la búsqueda. El teléfono sonó repentinamente, sobresaltándome. Antes de que pudiera llegar a él lo hizo Jagger en dos saltos. Descolgó y atendió la llamada. Luego me tendió el auricular.

—Es para ti —dijo—. Un tal Skiles.

—Claro. ¿Para quién iba a ser? ¿Para tu jefe Warren? —Reí.

Skiles había trabajado duro en tan poco tiempo. Sus informes sobre Leslie Goodrich eran escasos. Se había dedicado a la alta costura y a la cosmética de lujo. Siempre trabajaba con chicas. Prostitución de lujo, sin duda. Era veterana en el tema, pero nunca se complicó tanto como con las menores. Van Halen era un hombre rico y caprichoso. Solterón empedernido, nada mujeriego, introvertido y sin aparente relación anterior con el mundo del vicio. Había estado ausente de Los Ángeles dos años, pero nadie sabía dónde estuvo ese tiempo. Se suponía que en Europa. Eso había ocurrido un año atrás.

Respecto a las chicas, las «muñecas» de Santa Mónica, no había demasiado. Procedían de familias humildes del Medio Oeste, salvo Sharon que era de Illinois, como ella misma dijera. Exactamente de Rockford. También Zena era de ese Estado, de Freeport. Joyce había sido de Kansas, Ginger de Missouri, la robusta Jane de Louisiana y Maggie y Valerie de Iowa. Eso era cuanto sabía Skiles al respecto. También añadió que en Freeport precisamente había habido un feo asunto de asesinato múltiple unos años atrás, en los que hubo un testigo llamado Mason, el mismo apellido de Zena, pero no sabía más al respecto, ni creía que eso pudiera interesarme demasiado.

Le di las gracias por todo, y quedó en seguir trabajando en aquellos informes. Yo anoté mentalmente todo, mientras los «gorilas» de Jagger volvían con cara de pocos amigos y hablaban en voz baja con su jefe. Drew me miró pensativo. No supe si con alivio o con cierto enfado.

—Está bien, parece que de momento te libras de algo gordo, Rick —me dijo—. No hay rastro de la chica en tu casa. Pero anda

con cuidado o te verás en líos, es un buen consejo de amigo. Las menores de edad son un fuego donde puedes quemarte.

—Lo imagino —reí burlón—. Me dedicaré a las maduras, Drew, no temas.

Se fueron contrariados. Yo cerré la puerta con un resoplido, pasé el pestillo y corrí al cuarto de aseo. Abrí la ventana del mismo y me asomé al exterior.

—Ya puedes volver —dije con un jadeo—. ¿Lo has pasado mal?

—Fatal —murmuró Sharon, a quién ayudé a volver al interior tirando de sus manos con fuerza. Llevaba su pequeña maleta colgada de su hombro. Había estado todo aquel tiempo en pie en una angosta cornisa del estrecho patio al que asomaba el cuarto de baño. Una cuerda sujeta a un saliente de la ventana, había mantenido con cierta seguridad su precario equilibrio, por si se salía de la comisa.

Se lanzó en mis brazos. Llevaba su bata de seda y se palpaba a través de ella todas las turgencias de su cuerpo juvenil. No pude evitar sentirla contra mí como si estuviera desnuda. Me aplastó su boca en la mía y sentí su lengua abriéndose camino hacia mi boca. Una descarga eléctrica me sacudió. La aparté de mí bruscamente.

—Te dije que no —sostuve, terco.

—Estás empezando a darte por vencido —sonrió burlona, quitándose la bata lentamente—. Vamos, Rick, demuéstrame que eres humano, cariño... Estás deseándolo.

Había ganado ella y lo sabía. Yo estaba ya derrotado. Se acercó otra vez a mí, me rodeó con sus brazos, comenzó a desvestirme con perversa lentitud. Luego, tiró de mí, me arrastró hacia la alcoba. Nunca ninguna mujer había llevado así la iniciativa conmigo, maldita sea. Me dejé llevar. Ya no oponía resistencia.

CAPÍTULO VII

Llegué muy tarde aquella mañana a la oficina.

Antes pasé por el bar de Scotty's y tomé un frugal almuerzo deprisa y corriendo. Betsy me atendió con su solicitud habitual.

—Hoy tiene mejor cara, Rick —me dijo—. Parece que ha descansado bien.

Asentí, pensando en Sharon. Tal vez ella me puso esta buena cara, pensé. Habían sido unas horas difíciles de olvidar. Aquella criatura era fuego puro. Daba gozo quemarse en él.

Cuando llegué arriba, ya habían pintado totalmente mi letrero. Aunque era domingo, me puse a trabajar. Revisté todo por doquier, en busca de algo que me traía obsesionado: la agenda de mi socio. Según Betsy, la camarera de Scotty, Travis había anotado cosas en su agenda. Yo había pedido aquella mañana la agenda de mi socio a Jagger, apenas abandoné mi apartamento Me dijo que en su cuerpo no había agenda alguna, y eso me sorprendió.

Cada vez estaba más seguro de que en esa agenda se ocultaba posiblemente la clave de su asesinato, la razón por la que un maldito polaco llamado Ruby Kowalsky le había matado por encargo.

No di con el librito en parte alguna de las oficinas. Yo recordaba haber registrado el cadáver de Kowalsky, en busca de la llave de las esposas que sujetaban a Sharon, y no tenía agenda alguna encima. De modo que él no se la robó a Travis después de matarle. ¿Dónde la puso, entonces, mi buen camarada?

Era para volverse loco. Si no estaba allí, tampoco estaría en su casa, porque la policía había registrado lógicamente su vivienda, sin dar con ella. A menos que estuviera oculta, y bien oculta...

Me quedé pensativo, la mirada perdida en el vacío. Paseé por la oficina nerviosamente, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Mi mirada se deslizó por la mesa de trabajo de Travis, su archivador

desordenado, su vieja máquina de escribir, su colgador, el depósito de agua potable, los vasos de papel encerado, el título de investigador privado en su viejo marco, una fotografía de su juventud, allá en Corea... Sobre una repisa, un antiguo trofeo deportivo ganado jugando al tenis en alguna parte cuando era joven, el sobre alargado que yo tomé del suelo y salvó mi vida al disparar el puerco de Kowalsky sobre mi aquella noche...

¡El sobre!

Fue como un rayo de luz repentino. Lancé una imprecación y corrí a la repisa. Tomé el sobre alargado, sin membrete. Estaba escrito a máquina. Llevaba mi nombre. Y la dirección de la oficina. El matasellos era de Los Ángeles. Correo interior. Aquello empezaba a tener sentido.

Desde un principio tuve ante mis narices lo que buscaba, y no se me había ocurrido buscarlo. Aquella máquina que escribiera el sobre tenía una letra defectuosa y la mitad de la letra H marcaba mal. Era su máquina, la misma que tenía yo ahora ante mí. Aquella carta enviada a la oficina, había sido escrita en la propia oficina.

Debí darme cuenta antes. Era el modo de actuar de Travis. Siempre desconfiado, siempre precavido. Rompí el sobre. Extraje algo que ya esperaba encontrar allí.

Era un boleto azul de una consigna. Leí el nombre de la Terminal Island en su parte superior.

Corrí hacia allá a toda prisa. Tenía que encontrar cuanto antes la agenda de Travis. Y ahora sabía dónde estaba. Mi socio, sospechando algo, había procedido a depositarla en una consigna, tal vez dentro de alguna bolsa o maletín, enviándome a mí el resguardo por si algo le sucedía.

—Bravo por ti, Travis, viejo amigo —aprobé, camino de la estación de Terminal Island, a través de toda la ciudad—. Siempre preveías todo. Incluso quizá tu propia muerte...

Llegué a Terminal Island cuarenta minutos más tarde. Llegué a consigna y entregué el resguardo. Me entregaron una pequeña bolsa de deporte color azul y blanco, cerrada con cremallera.

Volví al coche y la abrí, dispersando cuánto contenía: zapatos deportivos, una toalla, un chándal, unas pelotas de tenis, una raqueta... Al fondo, había algo más: una pitillera. Y dentro, la agenda de Travis, con sus tapas de piel rojiza. La conocía muy bien.

Excitado, la abrí. Comencé a leer fragmentos de lo escrito allí con la letra menuda y presurosa de Travis Talbot. En una de las páginas había una mancha de café. Sonreí. Betsy tenía razón. Él escribía en el bar de Scotty febrilmente durante los dos últimos días.

De pronto, me puse rígido. Varios párrafos saltaron ante mí, como si destacaran en el conjunto de aquel *texto* apretado:

«... mi viejo amigo Charles Mason, de Freeport, Illinois... Su hija Zena... Los horribles asesinatos en masa de hace tres años... Philip R. Cavanaugh, el presunto asesino... Imposible acusarle sin el único testigo de los crímenes... Pero Zena Masón no aparecía... Tampoco apareció la hijastra de Cavanaugh... Se hablaba de incesto entre él y su hijastra...»

Luego, otros párrafos reveladores para mí:

«Seldon Van Halen. Internado en un centro psiquiátrico durante dos años... Paranoia agresiva. Al parecer totalmente curado. El doctor McDuff, de Nueva York, informará al respecto... Van Halen y negocio de menores prostitutas... Leslie Goodrich, experta en reclutar jóvenes prostitutas elegantes, con experiencia en tales negocios... Lista de clientes de su actual negocio de menores, en poder de ella. Espero conseguirla y descubrir una montaña de basura en esta ciudad».

Cayó de la agenda una pequeña hojita anexa. Era una fotocopia de una lista de nombres que ponía la carne de gallina. El jefe Warren estaba allí. También varios comisionados famosos de la ciudad. E incluso un senador y un aspirante al Congreso. Millonarios, políticos, policías... Todos. Travis era un diablo. Me pregunté cómo pudo conseguir aquella lista que era dinamita pura. Una dinamita que podía hacer saltar por los aires todos los cimientos sociales, políticos y morales de la ciudad. Sería bonito asistir al espectáculo, pensé.

Volví a leer todo aquello detalladamente. Una idea confusa se fue formando en mi mente. Guardé la agenda y corrí al centro de la ciudad, de regreso a mi oficina. El tráfico era escaso en domingo y

no tardé mucho en llegar.

Cuando alcancé mi oficina, recordé que incluso había dejado abierta la puerta, en mi precipitación por buscar la agenda de Travis. Ahora, al llegar, la misma estaba abierta del todo. Por lo que pudiera suceder, saqué mi pistola, que ahora sí llevaba conmigo. Entré con cautela, el dedo en el gatillo.

No me sirvió de nada. La única persona que ocupaba mi oficina estaba muerta. Contemplé, estupefacto, el cuerpo abatido sobre mi mesa de trabajo. Esta vez no se habían andado con subterfugios. Nada de fingir accidentes o suicidios.

La chica estaba muerta a golpes en el cráneo. La sangre corría por sus cabellos y rostro, yendo a formar un charco entre sus enormes pechos macizos, casi salidos por completo de su blusa abierta, y desparramados por encima de mi mesa.

Era Jane, la chica opulenta del Instituto Van Halen. La habían matado en mi propia oficina durante mi ausencia. En el suelo, yacía su bolso abierto, con sus cosas desperdigadas por la oficina.

Sobre un papel de mi mesa, alguien había escrito en rojo: ¡Muere pronto, muñeca!

El loco volvía a atacar.

Traté de imaginarme lo sucedido. Jane había ido a visitarme por alguna razón. No sabía si porque sospechaba algo o si porque quería verme a solas lejos de aquella casa. Tal vez nunca lo sabría. Las alumnas de la señorita Goodrich eran muy ardientes —lo sabía por propia experiencia—, y era posible que mi madurez hubiese atraído a la exuberante muchacha, cuyas miradas ya había captado yo durante mi visita al centro dedicado a explotar menores.

Pero también podía ser que supiera algo y quisiera informarme de ello. El asesino loco lo había advertido, siguiéndola y entrando tras ella en mi despacho para eliminarla sin rodeos, convertido ya en una fiera sanguinaria.

Contemplé su cadáver tristemente, cubrí lo mejor posible sus pechos desnudos, sin tocar la sangre derramada, y descolgué el teléfono pidiendo conferencia con Nueva York. Había allí un colega mío, un tal Prentiss, que era como nuestro corresponsal en la costa este del país. Le pedía favores a menudo, y él a nosotros.

Le informé de la muerte de Travis y le pedí que me localizara a un tal doctor McDuff en Nueva York. Él alegó que era poco dato

para tal tarea un solo apellido. Le añadí que posiblemente fuese un médico psiquiatra o algo así, y que me urgía hablar con él como fuese. Quedó en llamarme en cuanto supiera algo.

Fumé varios cigarrillos, esperando impaciente, en compañía de aquel cadáver femenino. La lúgubre espera terminó al sonar de nuevo el teléfono. Era mi amigo Prentiss. Había dado con un tal doctor Nelson McDuff, director de un conocido centro psiquiátrico de la ciudad. Me dio sus señas y teléfono, y colgó. Llamé de inmediato a aquel número. Hablé con el doctor McDuff personalmente.

Su informe me bastó. Ya sabía quién era el asesino loco, el ejecutor de «muñecas». De repente, di un brinco.

—¡Sharon! —mascullé—. ¡Oh, cielos, no!

Y me lancé a todo correr hacía mi apartamento, sin usar previamente el teléfono. Sólo esperaba que mi horrible sospecha no se confirmase.

Cuando llegué ante la puerta de mi vivienda, respiré aliviado.

Todo parecía normal allí. Metí la llave en la cerradura. La giré. Un escalofrío sacudió mi cuerpo.

La puerta no cedía. Intenté de nuevo. Igual resultado.

—Dios, el pestillo... —susurré—. ¡Han corrido el pestillo por dentro!

Le había dicho a Sharon que no necesitaba asegurarse con pestillo, que era mejor que yo pudiera entrar sin problemas en cualquier momento. Ahora estaba cerrada con ese pestillo.

No vacilé, pese a que no tenía seguridad de nada, y podía ser que Sharon, al quedarse sola en el apartamento, esperándome, hubiera decidido estar más segura con el pestillo corrido.

No quise arriesgarme gritando o golpeando la puerta. Sencillamente, saqué mi pistola, apunté a la cerradura y disparé.

El estampido sonó fuertemente en toda la planta. A estas alturas, eso me tenía sin cuidado. Cargué contra la puerta. En ese momento, sonaban dentro gritos de mujer.

Y eran gritos de terror.

—¡Sharon! —aullé—. ¡Sharon, estoy aquí!

Penetré como una exhalación, pistola en mano. Nunca había sido más oportuno en toda mi vida.

Era justo el momento de intervenir. Ahora o nunca.

Sharon estaba desnuda otra vez. Pero ahora a viva fuerza. Alguien le había arrancado a jirones la bata de seda de encima de sus blancas carnes pétreas, que temblaban de nuevo, pero esta vez no de pasión, sino de miedo.

Frente a ella, estaba él. El asesino loco. El ejecutor de «muñecas». Empuñaba un largo, enorme cuchillo de afilada hoja y su rostro estaba crispado por la furia homicida, los ojos vidriosos y dilatados, la boca convulsa y espumeante.

—¡Maldito! —rugió, volviéndose al oírme entrar.

Era difícil reconocer en aquel rostro maligno y enloquecido al tranquilo y reposado Seldon Van Halen, «mecenas» de una casa de prostitución para menores. Pero era él, como ya esperaba yo.

El asesino había estado siempre dentro de la «casa de muñecas», no fuera como intuía Leslie Goodrich. Ahora iba a añadir otro nombre a su sangrienta lista: Sharon Rawlins.

Ella, sin duda, le había abierto la puerta confiadamente. Van Halen, tras deshacerse de Jane en mi oficina, iba ahora a por Sharon. Sabía dónde estaba y le iba a resultar muy fácil acabar con ella.

Me lanzó una cuchillada atroz, pero era peor navajero que Kowalsky, por fortuna para mí. Claro que estaba loco y eso le convertía en alguien sumamente peligroso. No me anduve con ninguna contemplación. Disparé sobre él a bocajarro por dos veces.

Le rompí la mano y el codo. Soltó el cuchillo aullando de dolor, y se encogió, mirándome lleno de odio y de rabia. Su brazo astillado chorreaba sangre, pero no sentí la menor piedad por aquel demente.

—¡Rick, quería matarme! ¡Entró fingiéndose cariñoso y amable, pero venía a matarme! —sollozó Sharon, cubriendo pudorosa su desnudez con los brazos, por primera vez desde que la conocía.

—Lo sé, lo sé —afirmé roncamente—. Él mató a todas las demás. Está rematadamente loco, Sharon. Estuvo dos años en un psiquiátrico de Nueva York. Era peligroso. Su infancia estuvo llena de represiones, tuvo una familia muy puritana y nació lleno de complejos. Jamás se ha realizado con una mujer, es impotente. Su médico, el doctor McDuff, me informó hace poco. Sólo es capaz de sentir un orgasmo si mata a una chica, lo descubrió hace poco, al asaltar a Ginger, a quién sin duda manoseó suciamente, antes de

arrojarla por la ventana. El doctor McDuff me ha contado que cuando lo internaron, jugaba con muñecas. Las acariciaba, las estrujaba hasta el clímax sexual... y luego las descabezaba. Vuestra directora dio una imagen muy cierta de esta clase de tipos... Por eso financió la casa de prostitución para menores. Vosotras seríais ahora sus «muñecas», en un juego mucho más siniestro y atroz...

Le miré entre compadecido y asqueado. Lloraba como un niño, sujetándose el brazo roto. Sharon se abrazaba a mí, sollozando.

—Será mejor que te vistas —dije—. Voy a llamar a la policía. Al teniente Jagger le encantaría encontrarte así, para meterme en una celda por mucho tiempo, querida.

—Pero si me encuentra aquí, aunque sea vestida... el jefe Warren hará que te encierren por ello, recuérdalo —musitó ella mientras yo vigilaba a Van Halen sin desviar un ápice mi pistola de él.

—Descuida —corté decidido—. No podrá hacerlo. Vamos a casarnos tú y yo.

—¿Qué? —Me miró asombrada, incrédula—. No es posible, amor, estás bromeando...

—Vamos a casarnos, Sharon. Serás mi esposa. Eres mi prometida ahora. Ningún policía del mundo puede condenar a un hombre por querer casarse con una muchacha de dieciséis años, si ella lo desea también. ¿Qué me contestas?

—¡Que sí, tonto, que sí! —gritó radiante como una niña—. ¿Qué esperabas que te contestara?

Corrió a vestirse para afrontar ya sin miedo la visita del policía cuando yo le llamase. Fui al teléfono mientras ella se arreglaba rápidamente. Llamé a Homicidios.

—Digan al teniente Jagger que puede venir a mi apartamento —dije—. Llama Rick Malone. Tengo al sádico asesino de menores de Santa Mónica. Ha matado a una más en mi oficina, y ahora iba a matar a otra. Dígale que Sharon Rawlins era su víctima de turno. Pero está a salvo. Y va a casarse conmigo hoy mismo, apenas consigamos la licencia, de modo que vaya pensando en olvidarse de su acusación de corrupción de menores. Le espero aquí con el loco asesino a su disposición. No tarden.

Colgué, riendo. Sharon, desde la alcoba, hablaba volublemente, sin parar:

—Es algo maravilloso, Rick... ¡Casarme contigo! Te haré feliz, muy feliz, ya lo verás... Los dos seremos felices... Ser la señora Malone... ¡Nada menos que la señora de Rick Malone, el mejor detective de California! Es fantástico... Fantástico, querido... Ahora tendré que dar mi nombre completo para el registro, naturalmente... Nunca me gustó demasiado mi primer apellido, por eso uso el segundo, Rawlins... Mi apellido verdadero es Cavanaugh... Sharon Cavanaugh... No suena muy bien, ¿verdad? Sonará mucho mejor Sharon Malone. Precioso, ¿eh? ¿Me oyes, cariño? ¿No dices nada?

No podía decirlo. Estaba helado.

Helado por la sorpresa. Por la incredulidad. Por el horror.

Helado ante aquel apellido que acababa de oír. Era el eslabón que faltaba. La cadena se cerraba de repente con brutal brusquedad.

Ella asomó a la puerta. Se había puesto falda y zapatos, iba a ajustarse un jersey sobre sus pechos desnudos y vibrantes. Se quedó mirándome.

—¿Qué te pasa, querido? —preguntó—. ¿Has visto un fantasma?

—Sí, creo que sí —dije roncamente, muy lejos de allí mi cerebro y mi corazón.

Ella enarcó las cejas. Dejó caer el suéter y siguió mirándome, desnuda de medio torso para arriba. Se dio media vuelta con lentitud. Volvió al interior de la alcoba.

—¿Ha sido mi apellido lo que te impresionó?

Su pregunta venía de allá dentro. Tragué saliva.

—Sí —afirmé.

—He sido una tonta. Siempre se cometen errores. Debí pensarlo antes. Eres muy listo. Demasiado listo para no haber averiguado eso. Aunque me pregunto cómo...

Yo sé lo dije, casi sonámbulo, mientras miraba fijamente el teléfono recién colgado, mi pistola al lado de él:

—Travis lo sabía. No te sirvió de nada contratar a Kowalsky para asesinarlo, Sharon. Dejó su agenda escondida en lugar seguro. Ahora la tengo yo. Sé que Philip Cavanaugh el asesino de Freeport, en Illinois, es tu padrastro...

—¿Y qué más sabes? —musitó su voz en la alcoba.

—Todo. ¿Es cierto que él y tú...?

—Sí —respondió. Y sentí un calambre doloroso en todo mi

cuerpo—. No tengo tabúes. Él es sólo mi padrastro. Hay incesto, ¿y qué?

Salió ahora. Fría, dura como un témpano. Ya no había fuego en ella, sino hielo.

Pero iba armada. Me encañonaba con una bonita pistola del calibre 22, capaz de volarme la cabeza a aquella distancia. Yo, tonto de mí, estaba demasiado distante de mi propia arma.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté secamente.

—¿Tú qué crees? —sonrió—. Debo matarte. A ti y a Van Halen. Diré que él te mató y luego yo le maté a él. ¿Cómo sospechaste de mí?

—No sospeché, eso es lo malo. Pero debí hacerlo mucho antes. Tu absurda historia del rapto... Era mentira. Ibas con Kowalsky... Al verle caer, tu fértil imaginación llevó a cabo un plan que ya tenías a punto: las esposas, los esparadrapos. Yo, tonto de mí, caí en la trampa. Igual cuando mataste a Zena. Era la única víctima a quién no atacó Van Halen, porque estaba allí delante mío. Tú estabas arriba. La golpeaste y colgaste. Eres fuerte, decidida, implacable.

—¿Y también sabes los motivos?

—Claro —asentí—. Tu padrastro asesinó a varias personas en Illinois. Zena era testigo siendo niña. Pero estaba aterrorizada. Escapó de allí, no se pudo juzgar a tu padrastro, Cavanaugh. Pero pensabais que en cualquier momento podía volver y hundirse todo. Él te convenció. Viniste a Los Ángeles, tras ella. Entraste donde Zena se había metido para olvidar su niñez y la imagen de aquel horror. Ella no te conocía. Te hiciste amiga suya, compañera... esperando tu momento de eliminarla. La aparición del sádico asesino te fue bien, pero por otro lado complicó las cosas. Zena estaba asustada, sabía que su padre era viejo amigo de Travis Talbot, y le llamó, encargándole el caso de las muertes de sus compañeras. Mi socio investigó discretamente, como Zena le pedía. Por ser hija de un viejo amigo y estar donde estaba, Travis actuó de modo muy secreto, sin decirme nada aún. Tú te enteraste, y sospechando que descubriría la verdad sobre ti buscando al asesino loco, pagaste a tu amante Kowalsky para deshacerte de él.

—Sí, veo que lo sabes todo, maldito seas —se irritó Sharon—. Lástima. Me gustabas de veras, hubiéramos sido una feliz pareja...

—Por fortuna, lo he sabido a tiempo, Sharon. No me gustaría tener una esposa que es, además de ramera, incestuosa.

—¡Bastardo! —Me insultó, rabiosamente—. Voy a matarte, Rick, lo siento...

—Yo también lo siento... por ti —dije con frialdad—. Pero me gusta morir matando, encanto...

Disparó sobre mí. Dos veces. Yo había saltado ya hacia la mesa.

Me alcanzaron las dos balas, pero sin tocarme puntos vitales. Aun así, me tambaleé. Aferré mi arma, disparé cayendo de rodillas, sangrando y con los ojos medio nublados.

Mi disparo la alcanzó de lleno en el hermoso, desnudo pecho. Vi el agujero de bala entre sus dos senos. Ella gritó roncamente. Me miró con asombro. Soltó el arma.

Comenzó a caer muy despacio. Como aturdida, sin entender nada.

—Fuiste capaz... de disparar sobre mí... —gimió.

—Igual que tú sobre mí —dije con voz sorda—. No hay piedad en casos así, muñeca. Sólo deseo que... mueras pronto, cuando menos...

EPÍLOGO

No murió pronto, por desgracia para ella y suerte para mí.

Tuvo tiempo de confesarlo todo al teniente Jagger cuando llegó con sus hombres. Descargó su conciencia. Yo, aunque malherido y muy debilitado, cuidando con mis escasas fuerzas de que Van Halen no escapara, le di las gracias con una mirada y me sentí mejor cuando ella, con la última, pálida sonrisa, se despidió de mí:

—Adiós, Rick... Lástima. Hubiera sido una bonita historia de amor...

Se murió casi dulcemente. No me dolía haber sido yo su verdugo. Ella había matado a mi mejor amigo. Y a Zena, una muchacha inocente que tuvo la desgracia de ser testigo único de un viejo crimen múltiple en Illinois, años atrás...

Jagger se llevó a Van Halen y arregló las cosas amigablemente para no involucrarme en la corrupción de menores. Yo, a cambio, le di la fotocopia de cierta lista de prohombres locales hundidos hasta el cuello en la basura.

Aquella semana hubo algunos suicidios, dimisiones y unos cuantos arrestos. El asunto quedó cerrado oficialmente. El jefe Warren fue el primero en dimitir.

Y yo, una vez curado de mis heridas, volví a mi oficina.

Y al bar de Scotty's.

Después de todo, Betsy es algo más que una eficiente camarera. Es bonita, atractiva, y tiene unas piernas preciosas.

Gracias a ella, voy logrando olvidar poco a poco a una muñeca llamada Sharon Rawlins.

Y eso ya es algo.

FIN

GAÑE 1.000.000 DE PESETAS

CUPÓN VÁLIDO SOLO PARA ESPAÑA

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 024585

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
75 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA



